

# ORAR Y SER AMADO



 CATHOLIZARE  
TU FAMILIA DIGITAL CATÓLICA

CUADERNO PARA ORAR

## Contenido

Introducción .....	2
Actitudes necesarias para la oración:.....	4
Semana I: Prepara la Palabra .....	6
Semana II: Escucha la Palabra .....	17
Semana III: Asimila la Palabra .....	31
Semana IV: Vive la Palabra .....	42
Semana V: Anuncia la Palabra .....	53

# Introducción

«Estén siempre alegres. Oren constantemente. En todo den gracias, pues esto es lo que Dios, en Cristo Jesús, quiere de ustedes» (1 Ts 5,16-17). Esta invitación de San Pablo (la de orar constantemente) acompaña la vida de toda persona que quiera sinceramente vivir y permanecer en la dignidad de los hijos e hijas de Dios, cimentarse y perseverar en el seguimiento de Cristo, y dejarse guiar por el Espíritu de amor.

En la oración se nos desvelan las maravillas que difícilmente podemos encontrar fuera de ella. Es una gran prueba de fe en aquel Dios que amamos sin poder verlo, pues solo tenemos la certeza de que existe y está presente, y que recompensa a los que lo buscan (cf. Hb 11,6). Que Dios recompensa a los que lo buscan en la oración — encuentro íntimo con él— no es ninguna mentira. Las numerosas experiencias de los que oran de verdad dan testimonio de ello.

Jesús, nuestro maestro y modelo, oraba y nos recomendó hacerlo tanto en las circunstancias decisivas e impactantes de nuestra vida como en las más comunes y ordinarias, como empezar un nuevo día o terminar una jornada de trabajo. Es entonces cuando la oración, lejos de ser un monólogo, es un verdadero diálogo en el que no solo hablamos, sino que también escuchamos. «A Dios cuando oramos, a Dios escuchamos cuando leemos sus palabras» (*Dei Verbum* 25).

Durante estas cinco semanas trataremos de entrar en el diálogo con Dios valorando nuevamente el gran rol que juega Su palabra en una oración auténtica. Trataremos sobre nuestra tan querida y famosa escalera de la oración, donde el elemento principal es la palabra de Dios. Es una palabra que se prepara, se escucha, se asimila, se vive y se anuncia. Dios manda su palabra, la siembra en nuestras mentes y corazones; y al igual que la lluvia

que empapa la tierra y la hace fecunda, la palabra de Dios no vuelve a él sin cumplir aquello para lo cual fue enviada (cf. Is 55,10-11).

La palabra *se prepara*, mejor dicho, anida gustosamente en los lugares preparados. No podemos pretender guardar bien la palabra sin previamente prepararnos interna y exteriormente para que, cuando llegue, ocupe su lugar. Sería una palabra que se olvida rápidamente, como la semilla que las aves se comen porque ha sido sembrada al borde del camino. Sería una palabra que no va a dar fruto, como la semilla sembrada en un lugar donde no hay tierra suficiente para echar raíces. ¿Cómo le preparamos el lugar a la palabra que recibimos? ¿Qué hacemos para que las demás voces no tengan más fuerza que la voz de Dios? Cuando se prepara bien el lugar para esa palabra se la escucha mejor. El segundo paso después de la preparación es *la escucha*. No siempre podemos responder acertadamente si no hemos prestado la atención requerida, si no nos hemos tomado el tiempo de escuchar adecuadamente. Dios, siendo el primero que nos amó, es también el primero que nos dirige su palabra de amor; por eso *la actitud más sensata al entablar el diálogo para conocer su voluntad y cuánto nos ama, es la escucha atenta*. Necesitamos escuchar y escuchar bien. No le cortemos la palabra antes de acabe su discurso, como se suele hacer en muchos de los diálogos actuales. No le pongamos tampoco el doble de velocidad, para acelerar el tiempo del discurso, como haríamos en los videos de YouTube. «Escucha, Israel» (Dt 6,4): escucha, Hijo mío; Escucha, Hija mía.

Lo que bien se escucha, mejor *se asimila*. Cuando escuchamos bien una lección magistral o una conferencia, nos damos el tiempo para reflexionar al respecto y —sin hacer demasiado esfuerzo— nos surgen preguntas y empezamos nosotros también a hablar. Lo mismo pasa cuando asimilamos la palabra de Dios, cuando la dejamos no solamente entrar en la mente sino penetrar hasta las entrañas: «Es viva la Palabra de Dios y eficaz, y más cortante que espada alguna de dos filos. Penetra hasta las fronteras entre el alma y el espíritu, hasta las junturas y médulas; y escruta los sentimientos y pensamientos del corazón» (Hb 4,12).

# Actitudes necesarias para la oración:

Recuerda que la oración es una amistad, no una técnica; es un encuentro de personas en libertad y amor. Como decía Santa Teresa: «no es otra cosa oración mental, a mi parecer, sino tratar de amistad, estando muchas veces tratando a solas con quien sabemos nos ama» CEC 2709 **Fe**. “Sin fe es imposible agradar a Dios, pues el que se acerca ha de creer que existe y que recompensa a los que le buscan” (Hb 11,2). La fe hace ver toda la realidad desde los ojos de Dios y te introduce en su presencia. Déjate informar más por la fe que por tus sentimientos.

**Humildad.** La humildad es la condición que necesitas para recibir gratuitamente el don de la oración. Humildad es tener la conciencia de tu verdad, de tu pobreza, de tu enfermedad; y también de la verdad de Dios, de su grandeza, de su amor que es misericordioso y gratuito.

**Sinceridad.** Acércate a Dios como tú eres, sin pretender apantallar delante de él. Dios te ama tal y como eres y con lo que tienes. **Optimismo y Esperanza.** Acude con la ilusión de conocerle y de recibir de Él lo que necesita tu corazón. Te encontrarás con un Dios que puede conseguir en ti todo lo que espera y te dará mucho más de lo que puedes pensar o imaginar.

**Petición.** Delante de Dios eres pobre y Él es inmensamente rico: “Pidan y se les dará; busquen y encontrarán; llamen y Dios les abrirá...” (Mt 7,7).

Dos peticiones han de ser las más importantes:

“Enséñanos a orar” y “Auméntanos la fe”.

**Confianza.** Significa abandonarte en las manos de Dios como lo hizo Jesús. Acércate como una hoja en blanco donde Él pueda escribir lo que desee.

**Limpieza de corazón.** “Dichosos los limpios de corazón porque ellos verán a Dios” (Mt 5, 8). El encuentro con Dios se da en la conciencia por lo que ha de estar vacía de todo ídolo o plan fuera de su voluntad.

**Silencio y Recogimiento.** Estar en silencio no es solamente estar callado. El silencio espiritual es un vacío de preocupaciones para que escuches a Dios en lo profundo de ti mismo.

**Sed de Dios.** La sed es tu deseo, tu anhelo, tu hambre de Dios, de su palabra, de su amor. Dios se da del todo si ve en ti buena disposición, buen ánimo y magnífica determinación.

**Desprendimiento.** No hagas de algo tan divino algo tan egoísta. No vengas a la oración a buscarte a ti mismo, a solucionar tus problemas, a calmar tus ansiedades, a tranquilizar tu espíritu. Ven con el dolor de tus hermanos, con sus necesidades y con la sed de amor de Dios, aunque no le conozcan. Di “Padre NUESTRO”.

**Fraternidad.** No puedes hablar con el Padre de todos los hombres si con uno de ellos estás enemistado o él tiene algo contra ti. Al menos tú debes tener la voluntad de cambiar para poder orar: “Vete primero reconcílate con tu hermano” (Mt 5,24).

Por último:

No te olvides que todo es gracia y que la oración es un don que Dios concede a los que se lo piden. Da gracias: si estas contento, por lo mismo; si estas en sequedad, porque eres consciente que es don y no un derecho y porque amar no se reduce a sentir. *Dar gracias por todo lo que recibimos es el mejor camino para no desanimarse.*

# Semana I: Prepara la Palabra

*Lecturas: Sabiduría 2,12.17-20; Salmo 53; Santiago 3,16--4,3; Marcos 9,30-37*

## CATEQUESIS DEL PAPA FRANCISCO:

*Queridos hermanos y hermanas:*

El libro de la Sabiduría que hemos escuchado en la primera lectura nos habla del justo perseguido, de aquel cuya “sola presencia” molesta a los impíos. El impío es descrito como el que oprime al pobre, no tiene compasión de la viuda ni respeta al anciano (cf. 2,17-20). El impío tiene la pretensión de creer que su “fuerza es la norma de la justicia”. Someter a los más frágiles, usar la fuerza en cualquiera de sus formas: imponer un modo de pensar, una ideología, un discurso dominante, usar la violencia o represión para doblegar a quienes simplemente, con su hacer cotidiano honesto, sencillo, trabajador y solidario, expresan que es posible otro mundo, otra sociedad. Al impío no le alcanza con hacer lo que quiere, dejarse llevar por sus caprichos; no quiere que los otros, haciendo el bien, dejen en evidencia su modo de actuar. En el impío, el mal siempre intenta aniquilar el bien.

Jesús en el Evangelio nos recuerda una tentación sobre la que tendremos que vigilar con insistencia: el afán de primacía, de sobresalir por encima de los demás, que puede anidar en todo corazón humano. Cuántas veces ha sucedido que un pueblo se crea superior, con más derechos adquiridos, con más privilegios por preservar o conquistar. ¿Cuál es el antídoto que propone Jesús cuando aparece esa pulsión en nuestro corazón o en el latir de una sociedad o un país? Hacerse el último de todos y el servidor de todos; estar allí donde nadie quiere ir, donde nada llega, en lo más distante de las periferias; y sirviendo, generando encuentro con los últimos, con

los descartados. Si el poder se decidiera por eso, si permitiéramos que el Evangelio de Jesucristo llegara a lo hondo de nuestras vidas, entonces sí sería una realidad la “globalización de la solidaridad”. «Mientras en el mundo, especialmente en algunos países, reaparecen diversas formas de guerras y enfrentamientos, los cristianos insistimos en nuestra propuesta de reconocer al otro, de sanar las heridas, de construir puentes, de estrechar lazos y de ayudarnos “mutuamente a llevar las cargas” (Ga 6,2)» (Exhort. ap. *Evangelii gaudium*, 67).

Jesús pone en medio a un pequeño, lo pone a la misma distancia de todos, para que todos nos sintamos desafiados a dar una respuesta. Al recordar el “sí” de María, pidámosle que haga nuestro “sí” generoso y fecundo como el suyo.



## Lunes

*Yahvé está presente en la brisa suave (1 Re 19,11-13a)*

Experimento mucho agradecimiento al Dios de la Vida y del Amor, que nos regale los medios para poder ir creciendo en el dialogo amoroso y afectivo con Él. Esta semana meditaremos las actitudes que nos permiten “subir” nuestra Escalera de Oración, para así ganar en la relación íntima y profunda en y con aquel que sabemos que nos ama. En la cita de hoy encontramos al profeta Elías luchando con dos aspectos de su relación con el Señor. Solo un capítulo antes, él había experimentado la victoria por el poder maravilloso de Dios, en un enfrentamiento con cientos de falsos profetas (18,17-40). Sin embargo, inmediatamente después de eso, Elías temió por su vida, y huyó.

El profeta sabía intelectualmente que el Soberano del universo era más que capaz de protegerlo: ése es un aspecto de la oración, saber, razonar, recordar...; saber que Dios todopoderoso ya antes ha actuado en nuestras vidas, el saber ayuda para preparar la oración. Pero lamentablemente, como le pasó a Elías, el temor por su vida había creado una brecha entre el conocimiento que tenía del poder y el interés de Dios por él, y la intimidad que tenía continuamente con Dios. Por ello Elías huyó.

Elías llegó al monte Horeb, donde esperaba que Dios pasara de largo. Luego, tres poderosas fuerzas de la naturaleza llegaron a ese lugar en rápida sucesión, pero el profeta sabía que Dios no estaba en esos dramáticos eventos. Después que el viento, el terremoto y el fuego cesaron, Elías escuchó un débil y suave sople y reconoció de inmediato que se trataba de Dios; de ese modo descubrió a su Señor, justo en medio de esa tenue brisa.

La invitación es sencilla: no desaprovechar nada del pasado, preparar la palabra, sabiendo que no empezamos desde cero, que ya hay una historia, que ya hay un conocimiento. Preparar la palabra desde la actitud sencilla de querer reconocer a la palabra misma presentándose en lo más sencillo: en una sonrisa, en un consejo, en una lectura, en una canción, en un

sentimiento..., que es en donde Dios quiere manifestarse: desde la sencillez.

Cabe entonces preguntarnos en la preparación de la palabra si estamos escuchando atentamente la tenue voz de Dios, o si nos distraemos por los ruidos externos de las preocupaciones del día a día. Pidamos la Gracia a nuestro Padre de atenuar el ruido para que podamos aprender a detectar su suave susurro capaz de transformar vidas.

## **Martes**

*Pide y se te dará (Mt 7,7-11)*

El sermón de la montaña es uno de los pasajes de los cuatro evangelios en que encontramos más claridad y precisión en las palabras de Cristo.

Jesús nos transmite dos cosas en este texto: la eficacia total de la oración y la ley de la caridad.

Con frecuencia se puede caer en la tentación de desanimarse en la vida de oración porque no vemos los frutos o no se nos concede aquello que pedimos, sin saber muchas veces que la petición, está dentro de la preparación de la oración, que es solo el primer paso. Jesús nos dice “Todo lo que pidamos a Dios se nos concederá”. Esto significa no omitir el paso de petición, y a la vez aprender a recibir lo que pedimos de la forma en que se nos da porque Él es un padre bueno que da a sus hijos aquello que le piden. ¿Qué pensaríamos de un padre que da a su hijo una serpiente, como dice el evangelio, porque éste le ha pedido un pan? Dios Padre es tan bueno que no nos concede todo lo que pedimos, sino aquello que conviene a nuestra vida, aunque no nos demos cuenta. Descubrir este día en nuestra oración la presencia importantísima del Espíritu Santo, quien nos auxilia en nuestras peticiones, y nos orienta a pedir como es debido (Rm 8,26) San Agustín se planteó esta cuestión: ¿para qué orar?, Si ya tú sabes que es lo que quiero, y mis alabanzas no te harán más Dios, entonces, ¿Para qué orar? y la respuesta a la que llegó San Agustín fue:

“oro para preparar mi vida a que reciba aquello que de antemano ya me ha sido dado”. O como el niño que le pidió a su papá una naranja, y el papá le dio una semilla. Es decir, tengamos fe, que, al preparar la palabra, la petición sincera de nuestro corazón será no solo escuchada, sino atendida y otorgada; desde ahí nuestra vida ira preparándose para recibir todo lo que ya se nos dio.

Finalmente, Jesús concluye con la ley que sigue Dios: el amor. Dios nos concede todo por este único motivo. Nosotros, que hemos sido creados a su imagen y semejanza, tenemos que vivir este mismo amor con todos de una manera universal, como lo hace Él. Hagamos un esfuerzo especial estos días de aprender a pedir para amar más a todos los hombres a ejemplo e imitación de Jesucristo y pidamos al Espíritu Santo nos conceda la gracia de ser fieles en todo el camino de la oración.

## **Miércoles**

### *Los testigos de la fe (Hb 11,1-40)*

Este día se nos invita a interiorizar en una actitud muy importante y necesaria para preparar la palabra. Así como el silencio y la petición le va proporcionando a la mente y al corazón el ambiente adecuado para ir llevándolo al diálogo, la fe hace que no solo vea en la Palabra un simple texto, sino que me permite ver en ella la presencia del Dios Vivo.

La Palabra de Dios nos invita dejarnos guiar más por la fe que por nuestros sentimientos o pensamientos, *“Pues la fe es la certeza de lo que se espera, la convicción de lo que no se ve”* (Hb 11,1). Si nuestra oración carece de fe, nos pasaría como aquellos apóstoles que en medio del mar no lograron descubrir a su maestro, llenándose de miedo e incertidumbre (cf. Mt 14,24-33). La oración se nos presenta muchas veces como ese mar profundo y desconocido, y nuestra mente como esa barca que intenta zambullirse en su grandeza. Sin la fe, ese navegar en medio de la Palabra

nos puede dejar en un desconcierto, en falta de entendimiento o en una rutina que lleva únicamente a la repetición de ideas.

La fe hace que nuestra mirada pueda abrirse al horizonte, logra que el oído se afine, pero sobre todo nos permite poner la mirada en aquella presencia tranquila, suave, serena que va dejándose revelar poco a poco en nuestro ejercicio de oración. “¡Ánimo, soy yo!”, dijo Jesús a sus apóstoles confusos, mostrando que en medio de todo lo desconocido, lo temido y lo desconcertante, él está presente. *¡Ánimo, soy yo con aquel con quien dialogas esta mañana, soy yo que agradece tu fe y la desea acrecentar!* Esa es la relación más proporcional que se encuentra entre la oración y la fe, ya que en cuanto más se ora más fe se tiene, y en cuanto menos se ora, menos fe existe.

Este día entendía la invitación de entrar en nuestro interior para observar el tamaño de nuestra fe y reconocer que esta ha sido Don y Gracia de Dios mismo. *Toda buena dádiva y todo don perfecto descende de lo alto, del Padre de las luces, en el cual no hay mudanza, ni sombra de variación (St 1,17).*

La vivencia de la relación entre la fe y la oración nos va situando en un larga de lista de personas que, primeramente, han sido testigos de esta relación en la vida de Jesús, para después ser protagonistas en su propia vida. (Hb 11,1-40) Cada una de estas vidas han vivido dudas, crisis, caídas, dolores, alegrías, certezas y mucho más, pero siempre sostenidas en un mismo espíritu: el Abandono total en la voluntad de Dios. Cada acercamiento a la oración va haciendo posible que en aquella lista de hombres aparezca tu nombre haciendo posible lo imposible con Dios y en Dios.

Jesús, ponemos hoy en tus manos nuestra fe para que por tu Gracia pueda aumentar.

## Jueves

### *Verdad y sinceridad de corazón, no superficiales (Mt 21,28-31)*

Las dos heridas más grandes para el ser humano son el desamor y las mentiras, heridas que nos dejan lastimados e inseguros para abrir nuevamente el corazón y mostrarnos tal cual somos por temor a ser nuevamente heridos. ¡Cuánto descanso encuentra ese corazón temeroso delante de la oración! ¡Cuánta paz se respira estar delante de alguien con quien puedo quitarme máscaras, barreras, inseguridades! ¡Cuánto consuelo llega al corazón al estar delante de quien no mira apariencias! (cf. 1 S 16,7)

La cita que hoy profundizaremos nos invita contemplar una escena que Jesús propuso a sus apóstoles: un Padre con dos hijos a quienes les pide que trabajen en su viña; el primer hijo le dice que no irá, sin embargo, más tarde arrepentido acude a laborar a la viña. El segundo quien dice ir, termina no yendo. ¿Qué pasaba por la mente del segundo hijo que no pudo decirle la verdad al Padre? ¿Acaso no era mejor la sinceridad?

Esta cita me llevó a un momento muy doloroso en mi vida, cuando el papá de mi hija (al estar ella a solo dos meses de nacer) me dijo cuánto me amaba, que lucharía por ambas y que lo más importante para él era que estuviéramos juntos. Todo esto lo dijo muy seguro, pero la realidad fue otra: después de aquella plática no volví a verle más. ¿No era mejor sincerarse y decir lo que en realidad estaba pensando o sintiendo? Ahí experimenté las dos heridas que al principio mencioné: el desamor y las mentiras. ¿Será lo mismo que sintió aquel Padre de la cita? ¿Será el mismo dolor que experimenta nuestro Dios cuando no nos sinceramos con Él en nuestra oración? ¿Le lastimo con desamor y mentiras?

¿Si hoy dijéramos nuestros sentimientos, estados de ánimo, miedos y disgustos en nuestra oración, para de alguna manera entrar descalzos (cf. Ex 3,5) al encuentro con Dios, es decir libres, sin máscaras (Jn 8,32)? **“Dime tu verdad, háblame con sinceridad”**, experimenta entrar con libertad a la oración, cara a cara, descalzado en esa tierra sagrada.

Ayer se nos invitaba a contemplar la actitud de la Fe, entendiéndola como una puerta para entrar en la oración; hoy la imagen que me da la sinceridad y la verdad es la de una llave, la llave con la que se abre la puerta para ir subiendo en nuestra escalera de oración.

Pidamos al Espíritu Santo nos haga libres de toda esclavitud de las mentiras, máscaras y barreras en nuestra oración.

## **Viernes**

*Dirígete a tu Padre con humildad (Lc 18,9-14; St 4,3-5)*

El día de ayer terminábamos diciendo que estamos ya abriendo la puerta de la oración con las llaves de la sinceridad y de la verdad. Una vez abierta la puerta y listos para comenzar nuestro diálogo con aquel que nos ama entrañablemente, se nos invita a contemplar una actitud más en este ejercicio de oración: la humildad.

Preparamos para este encuentro va siendo, en estos primeros pasos, momentos de despojos, de ir soltando todo aquello que estorba para lograr un diálogo más cercano y profundo, y paradójicamente un diálogo más sencillo, más fraterno y más sincero. El pasaje bíblico que hoy nos iluminará en nuestra oración nos muestra dos personajes que bien pueden representarnos: un fariseo y un publicano acuden al templo a orar, ambos con actitudes contrapuestas: soberbia y humildad. La soberbia en la oración suele presentarse de una manera casi escondida, donde no deja cabida a la Gracia de Dios, haciendo de mi diálogo un simple monologo, ensimismado y sobrado; esta actitud es semejante a orar frente a un espejo, es decir, orar consigo mismo. La humildad, en cambio, logra derribar el egocentrismo y permite que Dios sea Dios en mi vida y yo su creatura. Para esto, la humildad me despoja de deseos, sueños, falsedades..., todo aquello que brota en torno a mí, y que me hacen ser mi propio dios.

La oración del fariseo era un diálogo de apropiación de su ser para gloria de sí mismo; la oración del publicano, en cambio, es un diálogo de despojo de su propio ser para llegar a la nada (cf. Mt 5,3), pues encontrarse vacíos de uno mismo es una condición indispensable para lograr una gozosa oración.

El publicano salió del templo gozoso, con el corazón lleno de la misericordia y el amor de Dios; el publicano regresó como llegó: lleno de él mismo. ¿Qué deseaba enseñarles Jesús a sus apóstoles en este pasaje? Quizá deseaba mostrarles primeramente que la oración es universal, que nadie tiene el monopolio de la intimidad con la Trinidad; segundo, que la oración no conoce ni estatus sociales ni religiones, que nadie es más que otros, que lo mismo puede orar los que inician en la oración como los que tiene ya tiempo perseverando; que lo único que impide a Dios ser Dios en nuestras vidas es contar ya con un dios propio. Por último, veía que la humildad nos permite recibir todas las gracias que Dios desea derramar en nuestras vidas.

Pidamos fervientemente crecer en humildad, que Jesús nos regale el vivir en esa actitud no únicamente en mi ejercicio de oración, sino también a lo largo del día, ya que también a lo largo del día Dios desea seguir dialogando con nosotros.

## **Sábado**

*Solo Dios sacia mi sed de Vida y de Amor (Sal 63,1-2)*

La sed es tu deseo, tu anhelo, tu hambre de Dios, de su Palabra, de su Amor. Dios se da del todo si ve en ti buena disposición, buen ánimo y magnífica determinación.

Demos gracias a Dios por esta semana que nos invitó a meditar sobre las actitudes y disposiciones necesarias para comenzar ese apasionante camino de oración. Paso a paso se nos ha ido mostrando cómo la preparación de la Palabra tiene también un dinamismo que permite

apacentar la mente y el corazón y llevarlo a reconocer la presencia viva de aquel con quien dialogaremos: tu Dios.

El poner todas las disposiciones humanas y el abrirnos a la Gracia son actos verdaderamente valorados por Dios, pues en ellos mira nuestro deseo genuino de integrar la oración a nuestra vida, sabedores que el objeto de nuestra oración no es una idea sino Alguien, alguien que desea desbordarse total y plenamente en nuestras vidas y permanecer en ellas. Es ese Alguien que conoce nuestro corazón, nuestros anhelos, nuestra sed y hambre que desea llenar.

En la medida en que vamos subiendo esos peldaños de nuestra escalera, Dios se va dejando poco a poco ver, sentir, palpar, gustar, saborear, llevando al corazón a la proximidad de la persona amada, lo que provoca una emoción y gozo en el corazón, estableciendo una especie de intercambio de personas, un intercambio de sed: la sed de Dios por mi vida, y mi sed escondida por Dios, ambos en un cara a cara, mirada a mirada, surge un dinamismo de acoger para recibir y dar.

El Salmo 63,1 nos muestra una verdad del ser humano, una realidad muy latente y actual: la sed. Sed de Vida y Amor que por inconsciencia y desconocimiento se desea saciar con cualquier cosa: con banalidades, con ofertas temporales, con amores de ocasión; por ello no es casualidad que este cuadernillo llegó a tus manos, con la intención de llevarte a reconocer que toda aquella sed que tienes nunca ha sido del todo satisfecha, porque la verdad es que esa sed es de Dios, del Dios de la Palabra, del Dios de la Verdad, del Dios del amor.

El Salmo de David hace referencia cuando estaba en el desierto de Judá y ello me llevó a preguntarme: ¿cuál es mi desierto en este momento? ¿Dónde miro necesidad de agua (vida)? David recurría a Dios como su Señor, sabedor que Él era el único capaz de poder saciar esa sed y cambiar esa tierra seca y árida en torrentes de agua, con prados verdes y árboles con frutos. Esa es la imagen de la oración: mi vida como esa tierra árida que necesita el agua de Dios, para colmar mi corazón de vida y sea capaz de dar frutos para muchos más.



En este dinamismo de dar y recibir, también el día de hoy podemos escuchar del Señor: *“Tengo Sed de ti. Tengo sed de que reconozcas que todo aquello de lo que has bebido te ha dejado un vacío, tengo sed de tu presencia, tengo sed de tu cercanía, tengo sed del diálogo entre tú y yo”*.

Pidamos al Espíritu Santo de reconocer la sed de nuestros corazones y la convicción de llevarlo a la fuente de Agua Viva, que es la presencia de Dios en la Oración.

# Semana II: Escucha la Palabra

*Lecturas: Números 11,25-29; Salmo 18; Santiago 5,1-6; Marcos 9,38.43.45.47-48.*

## CATEQUESIS DEL PAPA FRANCISCO:

*¡Queridos hermanos y hermanas, buenos días!*

El Evangelio de este domingo (cf. Marcos 9, 38-43.45.47-48) nos presenta uno de esos momentos particulares muy instructivos de la vida de Jesús con sus discípulos. Estos habían visto que un hombre, el cual no formaba parte del grupo de los seguidores de Jesús, expulsaba a los demonios en el nombre de Jesús, y por eso querían prohibírselo. Juan, con el entusiasmo acérrimo típico de los jóvenes, informa sobre el hecho al Maestro buscando su apoyo; pero Jesús, al contrario, responde: «No se lo impidáis, pues no hay nadie que obre un milagro invocando mi nombre y que luego sea capaz de hablar mal de mí. Pues el que no está contra nosotros, está por nosotros» (vv. 39-40).

Juan y los demás discípulos manifiestan una actitud de cerrazón frente a un suceso que no entra en sus esquemas, en este caso la acción, aunque sea buena, de una persona «externa» al círculo de seguidores. Sin embargo Jesús aparece muy libre, plenamente abierto a la libertad del Espíritu de Dios, que en su acción no está limitado por ningún confín o algún recinto. Jesús quiere educar a sus discípulos, también a nosotros hoy, en esta libertad interior. Nos hace bien reflexionar sobre este episodio, y hacer un poco de examen de conciencia. La actitud de los discípulos de Jesús es muy humana, muy común, y lo podemos encontrar en las comunidades cristianas de todos los tiempos, probablemente también en nosotros mismos. De buena fe, de hecho, con celo, se quisiera proteger la autenticidad de una cierta experiencia, tutelando al fundador o al líder de

los falsos imitadores. Pero al mismo tiempo está como el temor de la «competencia» —esto es feo: el temor de la competencia—, que alguno pueda robar nuevos seguidores, y entonces no se logra apreciar el bien que los otros hacen: no va bien porque «no es de los nuestros», se dice. Es una forma de autorreferencialidad. Es más, aquí está la raíz del proselitismo. Y la Iglesia —decía el papa Benedicto— no crece por proselitismo, crece por atracción, es decir crece por el testimonio dado a los demás con la fuerza del Espíritu Santo.

La gran libertad de Dios al donarse a nosotros constituye un desafío y una exhortación a modificar nuestras actitudes y nuestras relaciones. Es la invitación que nos dirige Jesús hoy. Él nos llama a no pensar según las categorías de «amigo/enemigo», «nosotros/ellos», «quien está dentro/quien está fuera», «mío/tuyo», sino para ir más allá, a abrir el corazón para poder reconocer su presencia y la acción de Dios también en ambientes insólitos e imprevisibles y en personas que forman parte de nuestro círculo. Se trata de estar atentos más a la autenticidad del bien, de lo bonito y de lo verdadero que es realizado, que no al nombre y a la procedencia de quien lo cumple. Y —como nos sugiere la parte restante del Evangelio de hoy —en vez de juzgar a los demás, debemos examinarnos a nosotros mismos, y «cortar» sin compromisos todo lo que puede escandalizar a las personas más débiles en la fe. Que la Virgen María, modelo de dócil acogida de las sorpresas de Dios, nos ayude a reconocer los signos de la presencia del Señor en medio de nosotros, descubriéndolo allá donde Él se manifieste, también en las situaciones más impensables y raras. Que nos enseñe a amar nuestra comunidad sin envidias y clausuras, siempre abiertos al amplio horizonte de la acción del Espíritu Santo.

## Lunes

### *Escucha la Palabra, escucha al Padre (Lc 11,1-13)*

Durante esta semana se nos invita a practicar la escucha dentro de nuestro ejercicio de oración, por lo que al comenzar a orar se me venía a la mente la cita de Dt 6,4 que dice: **“Escucha, Israel”**. Esta puede ser una invitación para que cambiemos el “Israel” por cada uno de nuestros nombres; que, dentro de nuestra composición del lugar, hagamos de estas palabras una invitación de parte de Dios a tener *una actitud de escucha*, por lo que será necesario acallar los ruidos externos e internos que hoy nos acompañan. *¿Qué voces son las que hoy necesitas acallar, para escuchar la voz de Dios?* Tal vez las preocupaciones, los pendientes, el ajetreo del día a día. Pidamos al Espíritu Santo nos de la gracia de poder escuchar a Dios.

Como segunda actitud para esta mañana —aparte de escuchar la voz de Dios—, reconozcamos que nuestra Trinidad y María están atentos a cada una de nuestras vidas porque desean escucharnos, por lo que en esta semana también podemos ejercitar el decirle a Dios todo lo que llevamos dentro, con toda sinceridad decirle lo que estamos viviendo; pues también ellos quieren escucharnos.

En la cita que hoy se nos propone me ayuda a ver a Jesús orando con el Padre, es decir que es él quien nos lleva a orar, nos enseña a ponernos en presencia del amor. ¿Cómo estaría orando Jesús que uno de sus discípulos le pide que les enseñe a orar? Me imagino a Jesús disfrutando de su diálogo con el Padre, seguramente con una sonrisa y en complicidad. *¿Tu forma de orar lleva a que los otros deseen encontrarse con el Padre?*

Jesús es claro cuando comienza a decir: “Cuando oren, decir: Padre” (Lc 11,2). Esto me llevaba a reconocer el gran deseo que tiene Jesús; **que podamos encontrarnos con Papá Dios**. Una invitación más de esta mañana es la de dialogar con nuestro Padre. *¿Cómo está tu relación con Dios Padre? ¿Hace cuánto que no te dejas abrazar por él?* Que este momento de oración sea dejarnos llevar de la mano de Jesús hacia el Padre en una relación de diálogo sincero y de confianza.

Ese abandono en el que le pedimos el pan de cada día, porque agradecemos la providencia que tiene con nuestras vidas y somos conscientes de ello. Encontrarse con un Padre que, no importa lo que hayamos hecho, él nos recibe y nos perdona; pedirle al padre la gracia de que nos enseñe a perdonar, además de que reconocemos nuestra fragilidad y le pedimos no nos deje caer en tentación.

Mientras oraba, me daba cuenta de la profundidad que tiene la oración del Padre Nuestro y que muchas veces digo sin detenerme a meditar en ella; olvidemos la prisa el hecho de solo repetir por repetir, que al contrario a decir esta oración nos introduzcamos a iniciar el diálogo afectivo con el Padre.

Un padre que está pendiente de sus hijos, entendía de parte de nuestro Papá Bueno: *“Pídeme, búscame, llámame; porque yo te doy, te encuentro y te respondo”* (cf. Lc 11,9-10). Una experiencia que podemos resumir en tener una relación viva, en el día a día con quien siempre está, en el que desea le busquemos y le hablemos; porque Él está listo para darnos lo más bueno que nos puede dar y convenir: el Espíritu Santo.

## **Martes**

*Conoce algunas de las cualidades de tu Padre (Jn 3,16; Rm 5,8; 8,32; Tt 3,4; 1 Jn 4;8)*

Buenos días querida Trinidad, Papaito buen día. Hoy te quiero agradecer por el don de escuchar tu voz, así como la escucha que tienes hacia mi vida; gracias porque deseas que nos acerquemos con toda confianza a tu palabra y podamos escuchar a través de ella el amor inmenso con el que nos amas.

El día de hoy la invitación es a poder profundizar en la voz del Padre, la cual nos llena de bondad, amor, seguridad, compasión, gratitud.

*¿Qué experimentas cuando escuchas a Dios Padre?*

Recordaba que hace algunos años tuve un novio que tenía un tono de voz muy peculiar y siempre solía decir que reconocería su voz a cuerdas de distancia; claro, estaba enamorada. Ahora veo que lo mismo nos debe pasar cuando escuchamos en la palabra al Padre, reconocer que su voz nos puede transmitir paz pero no solo eso: que al escucharle quiere transmitirnos todo su amor y predilección por nuestra vida. Su palabra es la más grande declaración de amor que podemos tener, que está cargada de elección y de vida, pero no cualquier vida, sino de vida eterna (cf. Jn 3,16).

Dice un dicho que las palabras se las lleva el viento; sin embargo, con la palabra de Dios es diferente pues la de Él trasciende y se hace vida en Jesús, quien se ha entregado para que creamos en el amor del Padre

Podemos descubrir y experimentar las cualidades del Padre a través de su palabra: en este momento de oración podrías recordar todas aquellas que has conocido gracias a esos encuentros de diálogo donde somos capaces de conocerle. Pensaba que una de las cualidades del Padre que nos transmite es la gran compasión que tiene por ti y por mí, una mirada tierna que es capaz de redimir el pecado, de levantarnos y darnos la dignidad de hijos muy amados “Siendo todavía pecadores, murió por nosotros” (Rm 5,8). ¡Qué locura de amor es que, aun conociendo nuestra debilidad y condición de pecador, es capaz de entregarse! Sin duda es la mayor manifestación de bondad hacia nosotros.

Mientras iba orando, pensaba en la importancia que tiene que dejemos que estas palabras lleguen al corazón, que podamos meditarlas y experimentar el que, cara a cara, nuestro Papá bueno nos las dice. Y no solo que se quede como mero conocimiento intelectual: “*Hoy necesitas actualizar estas palabras de Dios*”, que hoy te dice lo importante que es tu vida para él, con que locura te ama, te perdona y te impulsa a que lo conozcas para que puedas mostrar su amor.

Que este momento de oración sea encontrarse con Papá Dios, reconociendo todas las cualidades con las que va amando mi vida día a día, desde que me va regalando el despertar, cuidando y acompañando

durante la jornada: con todo quiere decirnos que nos ama. ¿Hoy con qué palabra experimentas el amor de Papá por tu vida?

Terminemos este momento dando gracias por toda la palabra dada a lo largo de nuestro seguimiento, por todas esas veces que la voz del Padre nos ha levantado y nos ha devuelto la vida con un abrazo de inmenso amor.

## **Miércoles**

*Conocerme desde la mirada del Padre. La falta de perdón (Mt 18,2335)*

“Tu palabra es antorcha para mis pasos, luz para mi sendero” (Sal 119,105) Muchas gracias Papá porque a lo largo de estos días puedo experimentar lo que el salmista expresa, ver cómo tu palabra viene a dar luz a cada momento de mi vida. Gracias, Papá, porque no te cansas de hablarme, de decirme todo el amor que me tienes y por la invitación que me haces de conocerme a través de tu mirada.

Mientras oraba este momento, me surgía el agradecer por aquellos momentos en los que mi encuentro con la Palabra de Dios ha puesto luz a mis obscuridades, miedos, dudas e incertidumbres, y me ha permitido conocerme más. Recuerdo claramente momentos en los que entendía de parte de Dios: *“No te estanques en el pasado, levántate”*; cuando me hacía ver la capacidad de amor que ha puesto en mí: *“Así como te he dado la capacidad de amar, te he dado la capacidad de perdonar”*.

Sin embargo, también reconozco momentos en los que, con palabras claras y fuertes (pero a su vez llenas de misericordia), me ha llamado la atención, me ha puesto en mi lugar. Ver al Padre que corrige con amor, que nos hace reconocernos delante de él, pero no para señalarnos, sino para mostrarnos que se puede salir del pecado.

En la cita que hoy se nos propone, se nos habla del rey que quiere ajustar cuentas con sus siervos y como le perdona la deuda a uno de ellos; en esta parábola entendía dos puntos:

El primero me hacía reconocer cómo, a pesar de todos los regalos y gracias que Dios me ha dado (llamémoslos talentos), muchas veces los he descuidado, no los he puesto al servicio, o simplemente no los he valorado, como por ejemplo mi vida misma, la salud de mi familia, la bendición de tener amistades, el tesoro de la oración, el regalo de un trabajo, etc. Y al final podría expresar: “*¡Señor, no tengo con qué pagarte todo el bien que me has dado!*”.

En la cita dice que el rey, al ver que el siervo no tenía con qué pagar, ordenó que fuese vendido. Sin embargo, sé que con Dios Padre no es así, que no nos hace una auditoría o nos exige rendir cuentas de lo que nos ha dado para que después nos eche fuera. Más bien, mi composición de lugar es tomarme un café con mi Papá, escuchando todo lo que ve en mi vida que no estoy disfrutando, valorando, invirtiendo..., y con una palabra tierna me dice: “*¿Ves lo que yo estoy viendo?*”, y solo me brota del corazón poder decir: “Ten paciencia conmigo” (Mt 23,26). Que en este momento reconozcamos que es necesario pedir perdón al Padre, pero es más necesario poder experimentar como él, movido por compasión, ¡me deja y me perdona la deuda! (cf. Mt 23,27).

Considero que a lo largo de estos días hemos podido experimentar el amor misericordioso de nuestro Padre, que ahora nos lleva a vivir lo que hemos experimentado. Y por eso, como segundo punto, me detenía en la falta de perdón, tanto en el que tengo hacia mi vida misma (*¿Qué es aquello que Dios ya me perdono y yo todavía no lo hago?*), como en la falta de perdón hacia mi prójimo. ¿Por qué el siervo no fue capaz de perdonar la deuda a su compañero, si él acababa de ser perdonado por el rey? Entendía que no había experimentado tal cual el perdón, aunque el rey ya le había perdonado la deuda: él aún se sentía deudor y, por tanto, se comportaba como tal con su compañero. Pensaba en las veces que, habiéndome Dios perdonado, me sigo sintiendo culpable, por lo que veo a mis hermanos



desde mi sentirme culpable y pecador, olvidándome de la misericordia con la que ya es vista mi vida.

Retomando la falta de perdón hacia mi prójimo, el padre me hacía entrar a mi interior y decir con toda sinceridad: ¿qué situación o persona no he podido perdonar? ¿Qué excusa tengo para no hacerlo? Tal vez lo tengamos muy claro y, si no, examina lo que va de esta semana: ¿con quién te ha faltado paciencia? ¿Quién te ha pedido paciencia, perdón, misericordia..., y tú se lo has negado? Hoy el Padre nos dice: “*¿No debías tú también compadecerte de tu compañero, del mismo modo que yo me compadecí de ti?*”

A veces es doloroso reconocer que hay situaciones que aún no logramos perdonar, tal vez porque lo hemos querido hacer desde nuestras fuerzas, nuestra lógica o razonamiento. Sin embargo, este momento es para que con mucha apertura podamos reconocerlo, es el primer paso para la sanación, ver la deuda que le tenemos anotada a nuestro prójimo y ponerla en manos de Dios, para que Él sea quien nos ayude a perdonar de todo corazón. Experimenta su amor para que puedas perdonar, y no te desanimes si aún no lo haces: solo recuerda que **¡hoy es un buen día para perdonar!**

Pongamos en manos de Mamá María nuestras resistencias, la parte herida que aún no dejamos que el amor del Padre abrace, y pidamos la gracia de perdonar.

## **Jueves**

*Conocerme desde la mirada del Padre. La conversión de corazón (Mt 20,17-28; Jn 12,32; Est FMVD 224)*

Buenos días familia del cielo: hoy te quiero dar gracias por la palabra que nos acompaña en cada jornada, porque en ella podemos reconocer el amor que el Padre tiene hacia nuestras vidas. Gracias, Papá, por no

rendirte y siempre salir a nuestro encuentro; por esperarnos pacientemente y, sobre todo, por la misericordia que renuevas día con día hacia nosotros.

Espíritu Santo: acompáñanos en este momento de oración para poder comprender con mente y corazón todo aquello que nuestro Padre quiere invitarnos a vivir.

Qué alegría poder reconocer que la Misericordia de Dios, no solo se trata de un borrón y cuenta nueva, sino que es poner luz en aquellas situaciones de mi vida en las que aún no he dejado que el Padre transforme con su amor, reconociendo *“que el amor de Yabvé no ha acabado, que no se ha agotado su ternura; mañana a mañana se renueva.”* (Lm 3,22-23).

Justo por eso, en la cita que se nos propone para meditar el día de hoy, que es una muy conocida a veces hasta ya orada, descubramos qué es lo que el Padre quiere renovar, pedir la gracia de la humildad para dejarnos asombrar por lo que hoy nos quiere decir. Acerquémonos con sorpresa a descubrir las actitudes de estos hijos de los que habla la parábola del hijo pródigo para poder allí escuchar lo que nuestro Papá quiere que hagamos vida.

Mientras oraba me detenía en la experiencia de amor que tiene cada hijo. Comenzando por el menor, me daba cuenta que él quiso disfrutar de su independencia y de su herencia. El Padre no tuvo reparo en darle su parte de la herencia: ¿por qué, si él conocía a su hijo y sabría que se iba a ir y despilfarrar sus bienes? Porque el Padre sabía que cuando el hijo gastara todo, se daría cuenta que lo único que no se va, que no se acaba, es el amor y la presencia que el Padre tiene por su hijo.

¿Te has percatado que todos los bienes que tienes algún día se acabarán? Lo único seguro que te queda es la presencia de Dios en tu vida.

Esa es la experiencia del hijo menor, que después de haber gastado su herencia y de estar deseando comer Algarrobas como los puercos, pues nadie la daba nada (Lc 15,16), pensó en volver al Padre. Para ser sinceros, el hijo no regresó por el amor al Padre, sino porque tenía hambre, seguía sin experimentar y conocer el amor que el Padre tenía por él. El hijo

pensaba que, si regresaba, el padre le daría de comer como a uno de sus jornaleros, y por eso él pide ser solo un jornalero más. ¡Vaya sorpresa!: el Padre ya lo está esperando y no pide cuentas de la herencia pues el hijo que había perdido volvió a casa. ¿Qué sorpresa se habrá llevado el hijo menor, pues solo esperaba algarrobas y es recibido con abrazo, besos, las mejores ropas, con una fiesta? *¿Cuántas veces me he dejado sorprender por este amor, cuando he vuelto a casa del Padre?* Un amor que, a pesar de lo que he malgastado, me recibe tal y como soy. El evangelio no describe la reacción del hijo menor después de estos acontecimientos, pero me imagino que, después de ese momento, se percató de cuánto amor le tenía el Padre, reconoció su error al querer vivir fuera de la casa del Padre y seguro que decidió tener un cambio de rumbo en su vida.

*¿Quién es capaz de resistirse a tan grande amor?*

Veamos ahora la actitud del hijo mayor, quien siempre estuvo trabajando en casa del Padre y se enoja cuando descubre que hay fiesta para el hijo menor. *¿Qué experiencia de amor tiene el hijo mayor, que aun estando en casa no disfruta de estarlo?* Meditaba: ¡cuántas veces he salido de la oración, sin experimentarme en casa! En diferentes ocasiones ya no somos esos hijos menores que vuelven a casa del Padre, sino esos hijos mayores que han perdido la importancia de estar con el Padre, de disfrutar de su presencia y de percatarnos que todo lo suyo es nuestro. Tal vez nos hemos perdido en el ajetreo del día a día, nos hemos acostumbrado a orar, vemos como rutina el conectarnos a nuestras formaciones, escuelas, rosarios... Hemos caído en el activismo y nos hemos olvidado de renovar el amor del Padre día con día.

Que este momento de oración nos lleve a reconocer que el amor del Padre nos lleva a cambiar de rumbo; es decir, si estoy fuera que regrese a casa, y si estoy en casa que disfrute. Pidamos a nuestra familia del cielo nos regale ese calor de hogar para poder siempre ser como Jesús, ese hijo que se vive muy cercano al Padre, que disfruta de su compañía, que es un apasionado del Padre y que desea que todos le conozcan.

## **Viernes**

### *Experimento la misericordia del Padre desde la persona de Jesús (Lc 17,11-19)*

Gracias, Jesús, por ser modelo de hijo; gracias porque en ti puedo ver cómo disfrutas de la presencia del Padre; gracias porque también a través de tu persona puedo experimentar el amor del Padre.

A lo largo de la semana hemos ido escuchando todo el amor que el Padre nos tiene, hemos ido haciendo experiencia de su amor y hoy se nos invita a seguir profundizando en su misericordia, a través de su hijo Jesús, mismo en el que ayer veíamos como modelo del hijo que vive muy unido al Padre. Es justo en esa unión que el Padre le da el poder para que, a través de él, podamos experimentar su misericordia, podamos palpar el amor que nos sana. El día de hoy nuestro Papá quiere seguir sanándonos a través de Jesús, para que también nosotros seamos capaces de mostrar su amor a tanto hermano con el que nos encontramos y hoy necesitan saberse amados.

La cita que nos proponen el día de hoy es la curación de los diez leprosos. Pongamos los medios para hacer nuestra composición de lugar, e imaginemos que estamos en un pueblo (nuestra realidad, de donde somos), que hemos escuchado ya de Jesús y hoy hemos salido a su encuentro, pero no nos hemos acercado, nos paramos a distancia. *¿Cuántas veces hemos salido al encuentro de Jesús, guardando distancia?* Guardamos distancia porque vemos lo evidente: la lepra que tenemos. Sabemos que la lepra en su momento fue muy contagiosa (algo así como ahora el COVID) y por eso guardamos la sana distancia; sucede que a veces llegamos a la oración, a la eucaristía guardando una “sana distancia” con Jesús y que, por miedo o por vergüenza, no queremos que nos vea. *¿Qué es aquello que aún no dejas que Jesús vea en tu vida? ¿Cuál es tu lepra?* Tal vez es aquello que es evidente, aquello que aún consideras como castigo del pecado; recordemos que, en tiempos de Jesús, la lepra era vista como la enfermedad más terrible e incurable y considerada como castigo por el pecado. *¿Qué es aquello que aún te tiene alejado, escondiéndote?*

“No teman”, son las palabras que hoy me regalaba Jesús, “no temas acercarte con tu lepra. Yo no me espanto de aquello que aún no ha sido sanado en tu proceso, en tu historia, en tu vida”. La invitación de hoy es alzar la voz y exclamar: **“¡Jesús, ¡Maestro, ten compasión de mí! (Lc 17,13).** Jesús: *quita de mi vida todo aquello que me aleja de ti, quita mi pecado, mis falsas ideas sobre tu amor, quita lo que tú ves necesario ser sanado.*”

La cita dice que Jesús *les mando ir y presentarse a los sacerdotes. Y resulta que mientras iban quedaron limpios (Lc 17,14).* Me detenía en la palabra mientras iban, porque me hacía pensar que la misericordia de Dios viene de una manera en la que no nos imaginamos: se da en el camino de la fe, en el día a día, caminando. A veces necesitamos caminar para poder ver cómo Jesús nos ha sanado ya que no nos quiere en el mismo lugar, escondidos, de lejos.

Asimismo, en esta misma cita se nos invita a ser agradecidos, ¡gracias, Jesús porque nos has quitado la lepra! Imagínate, para ese momento de la historia, que la lepra se fuera era un cambio de vida, era volver a vivir cerca de la sociedad, era una nueva vida. Pasa lo mismo hoy en día: al ser curados, nacemos a una nueva vida, por lo tanto, demos gracias a Dios por esta maravilla de su amor, porque lo que parece imposible de sanar, queda sano.

En la cita se menciona que solo uno de los diez, viéndose curado, regresa a dar las gracias. ¿Hoy, de qué le quieres dar gracias a Jesús? ¿De qué te ha sanado? Recuerda que solo necesitas tener fe para que te pueda sanar. Y no olvides siempre dar gracias porque un corazón agradecido es capaz de disfrutar cuando comparte todo lo recibido.

## **Sábado**

*Sabiéndome amado por mi Padre, me invita a la misión de rescatar a muchos (Sal 51,15; Lc 17.8-10)*

Terminamos esta segunda semana de nuestro cuadernillo dando gracias al Padre por todo lo recibido a lo largo de esta semana, por el don de la oración y de ir profundizando en lo esencial que es escuchar al Padre, la importancia que tiene el creerle, descubrirnos a través de su mirada y de reconocer cómo, a través de Jesús, el Padre sigue sanando nuestras vidas.

Hacer el ejercicio de ponernos de protagonista en cada cita que hemos ido meditando a lo largo del de la semana nos ha llevado a escuchar al Padre de diferentes formas y ha hecho que, sin duda, lo que brota de nuestros corazones es agradecimiento y el deseo por contar las maravillas de las que hemos sido testigos, pues “nosotros no podemos dejar de hablar de lo que hemos visto y oído” (Hch 4,20).

Cuando uno escucha una buena noticia, lo que se desea es compartirla: queremos anunciar un compromiso, un logro académico, una vida nueva, el vencer alguna enfermedad. Lo bueno se propaga como resultado de haber ensanchado el corazón, que al experimentarse amado desea proyectar ese amor. Proyectar el amor de Dios es darle a conocer a todos aquellos hermanos que hoy no le conocen. Al experimentar la misericordia del Padre, tenemos el mismo deseo del Salmista de “Enseñar a los rebeldes sus caminos para que los pecadores vuelvan a Dios” (Cfr. Salmo 51,15). Hoy, ¿a quién entiendes compartirle todo lo que has ido escuchando a lo largo de estos días en oración? Me preguntaba *¿Cuál es el camino que puedo enseñarle a los hermanos?* Simplemente el de la ESCUCHA, ponerlos delante de Dios para que a través de la oración puedan conocerle, experimentar su presencia. Pues volver a Dios, es regresar a nuestro origen, es conocerlo a él y conocernos a nosotros. Muchas de las personas que conocemos están necesitando de una palabra que les aliente, que les levante, que les diga que su vida es amada. Pues como bien dice Pedro “Solo tú tienes palabras de vida eterna” (Juan 8;68)

Para la labor de dar a conocer a Dios llevando su palabra, podemos percibirnos muy pobres, realmente lo somos. “No somos más que unos pobres siervos: solo hemos hecho lo que teníamos que hacer” (Lc 17;10). ¿Qué es lo que tenemos que hacer con todo lo que hemos recibido?

Ponerlo al servicio, decir lo que tenemos que decir y vivir lo que Dios nos ha invitado a vivir.

Recordaba en días pasados imágenes de los terremotos que hemos vivido en nuestro país, como son los procesos de rescate en los que unos a otros se ayudan para remover escombros, se alza el puño de la mano para pedir silencio y escuchar algún ruido que de indicios de vida. Lo mismo somos nosotros, un grupo de voluntarios que, al ver a los necesitados entre escombros, hacemos lo que tenemos que hacer...decidir salir al rescate, pero para ello se necesitan momentos de silencio (oración) para escuchar al Padre que nos habla de los hermanos; así como de escuchar al hermano que necesita ser rescatado.

Terminemos esta semana, agradeciendo por la confianza con la que nos mira el Padre. Pues le ha parecido bien confiarnos su amor para darlo a conocer a los hermanos.

## Semana III:

# Asimila la Palabra

*Lecturas: Gn 2,18-24; Sal 127; Hb 2,9-11; Mc 10,2-16*

CATEQUESIS DEL PAPA FRANCISCO:

*Queridos hermanos y hermanas, ¡buenos días!*

El Evangelio de este domingo (cf. Marcos 10, 2-16) nos ofrece la palabra de Jesús sobre el matrimonio. El relato se abre con la provocación de los fariseos que preguntan a Jesús si es lícito para un marido repudiar a la propia mujer, así como preveía la ley de Moisés (cf. vv. 2-4). Jesús, ante todo, con la sabiduría y la autoridad que le vienen del Padre, redimensiona la prescripción mosaica diciendo: «Teniendo en cuenta la dureza de vuestro corazón escribió para vosotros este precepto» (v. 5). Se trata de una concesión que sirve para poner un parche en las grietas producidas por nuestro egoísmo, pero no se corresponde con la intención originaria del Creador.

Y Jesús retoma el Libro del Génesis: «Pero desde el comienzo de la creación, Él los hizo varón y hembra. Por eso dejará el hombre a su padre y a su madre y los dos se harán una sola carne» (vv. 6-7). Y concluye: «Lo que Dios unió, no lo separe el hombre» (v. 9).

En el proyecto originario del Creador, no es el hombre el que se casa con una mujer, y si las cosas no funcionan, la repudia. No. Se trata, en cambio, de un hombre y una mujer llamados a reconocerse, a completarse, a ayudarse mutuamente en el matrimonio



Esta enseñanza de Jesús es muy clara y defiende la dignidad del matrimonio como una unión de amor que implica fidelidad. Lo que permite a los esposos permanecer unidos en el matrimonio es un amor de donación recíproca sostenido por la gracia de Cristo.

Si en vez de eso, en los cónyuges prevalece el interés individual, la propia satisfacción, entonces su unión no podrá resistir. Y es la misma página evangélica la que nos recuerda, con gran realismo, que el hombre y la mujer, llamados a vivir la experiencia de la relación y del amor, pueden dolorosamente realizar gestos que la pongan en crisis. Jesús no admite todo lo que puede llevar al naufragio de la relación. Lo hace para confirmar el designio de Dios, en el que destacan la fuerza y la belleza de la relación humana. La Iglesia, por una parte no se cansa de confirmar la belleza de la familia como nos ha sido entregada por la Escritura y la Tradición, pero al mismo tiempo se esfuerza por hacer sentir concretamente su cercanía materna a cuantos viven la experiencia de relaciones rotas o que siguen adelante de manera sufrida y fatigosa.

El modo de actuar de Dios mismo con su pueblo infiel —es decir, con nosotros— nos enseña que el amor herido puede ser sanado por Dios a través de la misericordia y el perdón. Por eso a la Iglesia, en estas situaciones, no se le pide inmediatamente y solo la condena. Al contrario, ante tantos dolorosos fracasos conyugales, esta se siente llamada a vivir su presencia de amor, de caridad y de misericordia para reconducir a Dios los corazones heridos y extraviados.

Invoquemos a la Virgen María para que ayude a los cónyuges a vivir y renovar siempre su unión a partir del don originario de Dios.

## Lunes

*Los “Yo Soy...” desde el proyecto del Padre asimilado-encarnado por Jesús (Ex 3,7.14; Jn 8,28-29.58)*

Te damos gracias, Jesús, por darnos a conocer al Padre, y por enseñarnos a vivir como hijos suyos. Te pedimos la gracia para asimilar el proyecto de Dios y para encarnarlo en nuestras vidas, poniendo en práctica cada día la Palabra.

En el antiguo testamento vemos cómo Dios se conmueve ante el sufrimiento de sus hijos y se acerca a Moisés para compartirle lo que hay en su corazón: *“He visto la aflicción de mi pueblo en Egipto, he escuchado el clamor ante sus opresores y conozco sus sufrimientos” (Ex 3,7)*. Moisés comprende que Dios lo necesita para liberar a su pueblo, pero tiene dudas al mirar sus limitaciones: *“¿Quién soy yo para ir a al faraón y sacar de Egipto a los israelitas?”* A través del diálogo, Moisés acoge la misión, porque sabe que no irá solo: *“Dios le respondió: “Yo estaré contigo... “Yo soy el que soy”. Y añadió: “Así dirás a los israelitas: “Yo soy” me ha enviado a ustedes.” (Ex 3,14)*. Moisés sabe que la misión que Dios le encomienda no depende solo de sus fuerzas, que es preciso permanecer unido a Dios. ¡Qué grande es sabernos elegidos y enviados por Dios! Tenemos una misión en esta vida y Dios siempre estará con nosotros. Es vital dialogar con El sobre las situaciones que vamos viviendo, para comprender cómo podemos sumar a su proyecto desde el lugar donde Él nos ha puesto.

Cuando Jesús intenta testimoniar quién es El ante los incrédulos fariseos, afirma: *“En verdad, en verdad les digo: antes de que Abraham existiera, Yo Soy.” (Jn 8,58)*, haciendo alusión directa al nombre de Dios dado a Moisés. Jesús está diciendo que el Padre y El son uno, que su deseo es hacer la voluntad del Padre y llevar a cabo la misión que se le ha encomendado. También les dijo: *“Cuando hayan levantado al Hijo del hombre, entonces sabrán que Yo Soy, y que no hago nada por mi propia cuenta; sino que, lo que el Padre me ha enseñado, eso es lo que hablo. Y el que me ha enviado está conmigo: no me ha dejado solo, porque yo hago siempre lo que le agrada a él.” (Jn 8,28-29)*. Jesús busca ratos largos de

oración para hacer suyo el querer del Padre; sabe que no actúa solo, sino que todo lo hace muy unido al Padre.

Nos dice el Papa Francisco: *“Tú también necesitas concebir la totalidad de tu vida como una misión. Inténtalo escuchando a Dios en la oración y reconociendo los signos que él te da. Pregúntale siempre al Espíritu qué espera Jesús de ti en cada momento de tu existencia y en cada opción que debas tomar, para discernir el lugar que eso ocupa en tu propia misión. Y permítele que forje en ti ese misterio personal que refleje a Jesucristo en el mundo de hoy. Ojalá puedas reconocer cuál es esa palabra, ese mensaje de Jesús que Dios quiere decir al mundo con tu vida. Déjate transformar, déjate renovar por el Espíritu, para que eso sea posible, y así tu preciosa misión no se malogrará. El Señor la cumplirá también en medio de tus errores y malos momentos, con tal que no abandones el camino del amor y estés siempre abierto a su acción sobrenatural que purifica e ilumina.”* (Gaudete et exsultate 23-24).

En tus decisiones del día a día, ¿Depositabas tu confianza en el “Yo soy” o en ti mismo(a)?, es decir: ¿buscas ser uno con Jesús o vives centrado(a) en ti mismo(a)?, ¿Preguntas a Dios qué espera de ti en las opciones que debes tomar?

Que María nos ayude en este día a que Dios ocupe realmente el centro de nuestra vida, y que podamos ser fieles a lo que nos va pidiendo.

## **Martes**

*Conocerle desde la experiencia de la llamada* (Jn 1,35-50; Lc 10,38-42; Lc 1,34)

Gracias, Señor, por el regalo de tu llamada, por abrirnos la puerta de tu corazón. Te pedimos el don de la oración, para que podamos conocerte y responder con alegría a tu llamada.

La cita que se nos propone profundizar en este día dice: *“Al día siguiente, Juan se encontraba de nuevo en el mismo lugar con dos de sus discípulos. Fijándose en Jesús que pasaba, dice: «He ahí el Cordero de Dios.» Los dos discípulos lo oyeron*

*hablar así y siguieron a Jesús. Jesús se volvió y, al ver que lo seguían, les dice: «¿Qué buscan?» Ellos le respondieron: «Rabí -que quiere decir, “Maestro”- ¿dónde vives?» Les respondió: «Vengan y lo verán.» Fueron, pues, vieron dónde vivía y se quedaron con él aquel día. Eran más o menos las cuatro de la tarde.»*

Jesús le pregunta a los discípulos: «¿Qué buscan?» Y es que el amor anhela la cercanía. Jesús busca caminar a nuestro lado, no quiere que nos vivamos solos. Espera que hagamos nuestras tareas no por obligación, sino unidos a El, reconociendo y compartiendo con El nuestros sentimientos y deseos más profundos.

Necesitamos dialogar con la Trinidad sobre lo que nos agobia, sobre esas luchas internas por vivir el Evangelio: “*Como durante el día, cada cosa la tratas más con el Padre, con Jesús, con el Espíritu Santo, que con nadie, vas haciendo el examen momento a momento: “¿Cómo haríamos esto? Y esto ¿qué te parece? ¿Y esta persona? ¿Y esta otra...? Y ¿cómo diríamos esto?, y ¿cómo lo haríamos? ¿Cómo...?”. Háblalo todo con El, porque es El, quien te llama, te elige y te dice: “¡Mira!, anuncia. Haz discípulos a todas las gentes, a todos los que puedas. Son mis hijos”. ¿Qué es un discípulo? Uno que tiene la herencia y la imagen de su Padre, uno que es fiel a su Dios. La fidelidad es para tu bien. “¡Guarda todo lo que te doy, enriquécete para la Vida eterna, con valores eternos! -te dice Dios-. ¡Venga!, que con ello va la felicidad ya en este mundo” (Jaime Bonet, Familiares de Dios, 1999, p. 185)*

Como discípulos de Jesús, estamos llamados a estar con El, a gustar de su presencia. Cuando los discípulos le responden: «Maestro, ¿dónde vives?», Jesús no se hace esperar: «Vengan y lo verán.» Ellos fueron, vieron dónde vivía y se quedaron con El. San Juan señala incluso la hora en que estuvieron con El: “*Eran más o menos las cuatro de la tarde.*” Los discípulos experimentaron la diferencia entre vivir solos y gustar de la presencia de Jesús.

Nos puede ayudar también contemplar el pasaje de Marta y María (Lc 10,38-42). Marta de afana por agradar a Jesús, por hacer lo que Dios necesita de ella, pero sin gozo, preocupada, molesta, porque su hermana no le ayuda. ¡Cuántas veces hacemos nuestras tareas sintiéndonos profundamente solos, o comparándonos con los demás! Es

necesario dialogar con Jesús, reconocernos llamados por El y sabiendo que El nos mira con cariño y valora cada uno de nuestros gestos de amor. ¿Te experimentas constantemente llamado(a) por Jesús? ¿Buscas responder con gozo a su llamada por medio de tus actividades diarias? ¿Compartes con El lo que vas experimentando a lo largo de tu jornada? María, enséñanos a vivir sabiendo que el Señor nos acompaña y que ha puesto sus ojos en nuestra pequeñez. Ayúdanos a vivir en diálogo con El, preguntándole constantemente: “¿Cómo será esto?” (Lc 1,34), para que El pueda realmente entrar en nuestra vida cotidiana

## **Miércoles**

*Conocerme como soy conocido por Jesús: su Amor me confronta.*

*Optar por Él (Mt 19,16-30)*

Jesús, ponemos en tus manos este día con todas las situaciones que vamos a vivir. Te ofrecemos las alegrías y contrariedades que podamos tener hoy. Danos la gracia de optar por ti, de ofrecerlo todo por amor a ti.

En la cita que se nos propone orar en este día, Jesús entabla un diálogo con un joven rico. Es el joven el que inicia la conversación, porque se da cuenta de que, aunque cumple con todo, experimenta que algo le falta. Jesús le dice: “*Sígueme*” (Mt 19,21), aprende a hacer las cosas no por obligación, sino desde mi amor. Descubre con cuánto cariño te miro; confía en mí.

Es Jesús mismo quien sale a nuestro encuentro en esos momentos que destinamos a la oración. El encuentro cotidiano con la Palabra no nos deja igual. La palabra, que es Jesús mismo, nos cuestiona, nos lleva a reflexionar, a meditar, para darle un sentido profundo a lo que vivimos.

El joven rico no fue capaz de asimilar lo que Jesús le proponía: una vida nueva, el desafío de crecer en el amor. El no se dejó contrastar, sino que abatido por lo que le implicaba el seguimiento, prefirió marcharse

¡Cuántas veces nuestra oración es así: no dejamos que Jesús toque nuestra vida y la transforme; no le damos el tiempo para que nos convenza y nos marchamos sin experimentar una verdadera conversión! Aquello que muchas veces para nosotros parece imposible, con la ayuda de Dios se hace alcanzable. Por eso es importante orar, pedir la gracia para poder vivir lo que hemos comprendido en la oración. Jesús les deja claro a los discípulos: *“Para Dios todo es posible”* (Mt 19,26). ¿Pides a Dios su gracia para vivir lo que has comprendido en la oración, o te marchas entristecido ante la imposibilidad para responder?

El diálogo con Jesús proyecta nuestra vida, nos amplía el horizonte, nos abre a nuevas posibilidades. Cuando Pedro le dijo a Jesús: *“Ya lo ves, nosotros lo hemos dejado todo y te hemos seguido; ¿qué recibiremos, pues?”* (Mt 19,27), Jesús le pide que deje de mirar lo que ha dejado atrás: sus seguridades, sus criterios, su manera de actuar, su manera de pensar, para que pueda acoger y disfrutar de lo que Dios le tiene preparado: *“Y todo aquel que haya dejado casa, hermanos, hermanas, padre, madre, hijos o campos por mi nombre, recibirá el ciento por uno y heredará vida eterna”* (Mt 19,29)

Pidamos a María que nos enseñe a optar por amar en toda circunstancia, aprendiendo a gozar de la presencia de Dios, a esperar en El y a confiar en sus promesas.

## **Jueves**

*Conocimiento que enamora de Él y vivir para siempre con Él* (Jn 6,67-69)

Señor, muchas gracias por el don de la oración, que aumenta nuestra fe, que nos ayuda a definirnos y a vivir en la verdad; gracias porque con paciencia vas forjando nuestra vida. Te pedimos que tu palabra nos enamore cada día, para que nunca nos alejemos de ti.

En la cita que se nos propone orar hoy, Jesús hace una pregunta que está dirigida concretamente a sus discípulos, a quienes lo siguen pero que a veces se cansan de perseverar, que dudan porque ven que otros toman atajos para alcanzar la felicidad. Es bueno entonces orar con este pasaje y hacernos personalmente la pregunta que Jesús les formuló a los doce: *“¿También ustedes quieren marcharse?” (Jn 6,67).*

Detrás de esta pregunta existe un gran conflicto. Los hombres no aceptaron que el hijo de un carpintero pudiera haber bajado del cielo y ser el camino para llegar a Dios: *“¿No es éste Jesús, hijo de José, cuyo padre y madre conocemos? ¿Cómo puede decir ahora: He bajado del cielo?” (Jn 6,42).* No pudieron aceptar a un Dios hecho cercanía y debilidad. La encarnación es un misterio que no alcanzaremos a comprender plenamente con nuestra inteligencia humana. Sin embargo, Jesús les habla de este misterio para que crean: *“Está escrito en los profetas: Serán todos enseñados por Dios. Todo el que escucha al Padre y aprende, viene a mí” (Jn 6,45).*

Por eso la importancia de la oración, de estos momentos a solas con El, para profundizar en el misterio de nuestra fe. Pero muchos de sus discípulos, al oírle dijeron: *“Es duro este lenguaje. ¿Quién puede escucharlo?” (Jn 6,60).* Se cerraron al diálogo con Jesús. Este momento de crisis era una oportunidad para crecer en la fe, pero muchos optaron por marcharse; sus propios criterios tuvieron más peso que la palabra de Jesús.

Pedro, reflexionando sobre la pregunta, respondió: *“Señor, ¿a quién vamos a ir? Tú tienes palabras de vida eterna” (Jn 6,68)* Podemos irnos, buscar otros caminos, pero nada ni nadie podrá darle sentido a nuestra vida sino tú. Lo que tú nos dices le da una nueva perspectiva a nuestra vida; al escucharte se sacian los anhelos del corazón. Tu Palabra es lámpara para nuestros pasos, en ti encontramos las certezas que necesitamos para seguir adelante.

¿Dialogas con Jesús sobre las circunstancias que estás viviendo? ¿Dejas que su Palabra tenga más fuerza que tus propios razonamientos? Que nuestra madre María nos ayude a valorar el regalo de la oración, que nos

permite acercarnos a Dios y vivir con fe y confianza todas las situaciones que se nos van presentando.

## **Viernes**

*No podemos callar la alegría del encuentro con Él (Jn 4,28-29. 3942; Heb 4,12-13; Mt 10,27)*

Jesús, muchas gracias por acercarte a cada uno de nosotros y darnos tu Palabra, que nos hace vivir en la verdad. Te pedimos la gracia de la humilde conversión diaria para que, a través de nuestro testimonio, muchos puedan encontrarse contigo.

La samaritana llegó al pozo en Sicar para sacar agua y Jesús le pidió que le diera de beber. Así inició un diálogo que llevaría a la mujer a mirarse a sí misma y a reconocer lo que era necesario cambiar para tener una vida plena.

Es en el diálogo con Dios donde descubrimos nuestros verdaderos deseos, las intenciones que hay en nuestro corazón, y es que la Palabra “*es viva y eficaz, penetra hasta donde se dividen el alma y el espíritu, los huesos y los tuétanos, haciendo un discernimiento de los deseos y sentimientos más íntimos. No hay criatura a la que su luz no pueda penetrar; todo queda desnudo y al descubierto a los ojos de aquél al que rendiremos cuentas*” (Heb 4,12-13). La oración nos permite conocer a Dios y conocemos a nosotros mismos, descubrir el gran amor y los sueños que Dios tiene para nuestra vida. Decía San Agustín: “*Señor Jesús, que me conozca a mí y que te conozca a Ti... que renuncie a lo mío y te siga sólo a Ti... que desconfíe de mí y ponga toda mi confianza en Ti.*”

La alegría de volver a mirar la vida con esperanza no la podemos esconder, como vemos que ocurrió con la samaritana: “*La mujer, dejando su cántaro, corrió a la ciudad y dijo a la gente: Vengan a ver a un hombre que me ha dicho todo lo que he hecho... Cuando llegaron a Jesús los samaritanos, le rogaron que se quedara con ellos. Y fueron muchos más los que creyeron y decían a la mujer: Ya no*



*creemos por tus palabras; que nosotros mismos hemos oído y sabemos que éste es verdaderamente el Salvador del mundo” (Jn 4,28-29. 39-42)*

Somos testigos de que Dios ama nuestra vida, y nos orienta y corrige. Lo que hablamos con Dios, las luces que vamos recibiendo cada día, son una riqueza que podemos compartir: *“Lo que yo les digo en la oscuridad, díganlo ustedes a la luz; y lo que oyen al oído, proclámenlo desde las azoteas” (Mt 10,27)*

¿Hablas con Dios sobre lo que vives interiormente: tus miedos, tristezas y preocupaciones? ¿Descubres en el diálogo tus deseos y sentimientos más íntimos? ¿Compartes con alegría lo que Dios te hace comprender de ti mismo(a)?

Pidamos a María que nos ayude a tener un diálogo cercano, amoroso y sincero con Dios que nos lleve a una verdadera conversión, para dar a los demás no solo consejos humanos, sino la Palabra que le da sentido a nuestra vida.

## **Sábado**

*Libertad total para ir con Él a donde Él va (Lc 5,1-11; Fil 4,13; Ef 3,20)*

Te agradecemos, Señor, porque nos amas en total libertad, sin esperar nada a cambio. Te pedimos que tu Palabra vaya transformando nuestra manera de pensar y sentir para vivir más libres; que podamos contagiar en quienes nos rodean el amor que recibimos de ti y el deseo de seguirte cada día.

En la cita central de hoy, Jesús le hace una propuesta a Pedro: *“Rema mar adentro, y echen sus redes para pescar.”* A lo que Pedro le respondió: *“Maestro, hemos estado bregando toda la noche y no hemos pescado nada, pero, por tu palabra, echaré las redes” (Lc 5,4-5).* Pedro tiene su propia mirada de la realidad, sin embargo, hace a un lado sus experiencias previas, sus conocimientos, y confía en Jesús. *“Y, haciéndolo así, pescaron gran cantidad de peces, de modo que*

*las redes amenazaban romperse” (Lc 5,6).* La experiencia de seguir a Jesús hace que quienes nos rodean puedan percibir cómo Dios trabaja en nuestras vidas haciéndonos más plenos y fecundos.

Acoger la Palabra en nuestra vida nos hace libres de nuestro pasado, de prejuicios y complejos, y nos abre a nuevas posibilidades. Somos testigos de que Dios actúa en nosotros; su amor expulsa nuestros temores, como dice San Pablo: *“Todo lo puedo con Aquel que me da fuerzas” (Fil 4,13).*

En tu ejercicio de oración, ¿te das el tiempo para identificar lo que piensas o sientes tú, y lo que piensa y siente Dios? ¿Optas por confiar y poner en práctica la Palabra, o prefieres seguir tus propios criterios?

Poner en práctica la palabra que escuchamos nos permite ir creciendo en confianza. Dios nunca nos dejará nunca solos; tenemos la certeza de que lo que hacemos no depende solo de nuestras fuerzas: *“Dios tiene poder para realizar todas las cosas incomparablemente mejor de lo que podemos pedir o pensar, conforme al poder que actúa en nosotros” (Ef 3,20)*

Cuando Jesús le dijo a Pedro: *“No temas. Desde ahora serás pescador de hombres” (Lc 5,10)*, Pedro lo dejó todo para seguirle, porque comprende que su vida ha sido amada y elegida por Dios y que lo mejor que puede hacer es confiar en Él y ponerse en sus manos.

El Concilio Vaticano II en la Constitución Pastoral sobre la Iglesia en el mundo actual hace esta afirmación: *“El hombre existe pura y simplemente por el amor de Dios, que lo creó, y por el amor de Dios, que lo conserva. Y sólo se puede decir que vive en la plenitud de la verdad cuando reconoce libremente ese amor y se confía por entero a su Creador.” (GS 19)*

Pidamos a nuestra madre María que nos ayude a reconocer que nuestra vida es para Dios, y que la plena felicidad está en escucharlo y en confiarnos por entero a Él.

# Semana IV: **Vive la Palabra**

*Lecturas: Sabiduría 7,7-11; Salmo 89; Hebreos 4,12-13; Marcos 10,17-30*

## CATEQUESIS DEL PAPA FRANCISCO

*Queridos hermanos y hermanas, ¡buenos días!*

La segunda lectura nos ha dicho que «la palabra de Dios es viva y eficaz, más tajante que espada de doble filo» (Hb 4,12). Es así: la palabra de Dios no es un conjunto de verdades o una edificante narración espiritual; no, es palabra viva, que toca la vida, que la transforma. Allí, Jesús en persona, que es la palabra viva de Dios, nos habla al corazón. El Evangelio, en concreto, nos invita a encontrarnos con el Señor, siguiendo el ejemplo de «uno» que «se le acercó corriendo» (cf. Mc 10,17). Podemos identificarnos con ese hombre, del que no se dice el nombre en el texto, como para sugerir que puede representar a cada uno de nosotros. Le pregunta a Jesús cómo «heredar la vida eterna» (v. 17). Él pide la vida para siempre, la vida en plenitud: ¿quién de nosotros no la querría? Pero, vemos que la pide como una herencia para poseer, como un bien que hay que obtener, que ha de conquistarse con las propias fuerzas. De hecho, para conseguir este bien ha observado los mandamientos desde la infancia y para lograr el objetivo está dispuesto a observar otros; por esto pregunta: «¿Qué debo hacer para heredar?». La respuesta de Jesús lo desconcierta. El Señor pone su mirada en él y lo ama (cf. v. 21). Jesús cambia la perspectiva: de los preceptos observados para obtener recompensas al amor gratuito y total. Aquella persona hablaba en términos de oferta

y demanda, Jesús le propone una historia de amor. Le pide que pase de la observancia de las leyes al don de sí mismo, de hacer por sí mismo a estar con él. Y le hace una propuesta de vida «tajante»: «Vende lo que tienes, dáselo a los pobres [...] y luego ven y sígueme» (v. 21). Jesús también te dice a ti: «Ven, sígueme». Ven: no estés quieto, porque para ser de Jesús no es suficiente con no hacer nada malo. Sígueme: no vayas detrás de Jesús solo cuando te apetezca, sino búscalo cada día; no te conformes con observar los preceptos, con dar un poco de limosna y decir algunas oraciones: encuentra en él al Dios que siempre te ama, el sentido de tu vida, la fuerza para entregarte.

Jesús sigue diciendo: «Vende lo que tienes y dáselo a los pobres». El Señor no hace teorías sobre la pobreza y la riqueza, sino que va directo a la vida. Él te pide que dejes lo que paraliza el corazón, que te vacíes de bienes para dejarle espacio a él, único bien. Verdaderamente, no se puede seguir a Jesús cuando se está lastrado por las cosas. Porque, si el corazón está lleno de bienes, no habrá espacio para el Señor, que se convertirá en una cosa más. Por eso la riqueza es peligrosa y —dice Jesús—, dificulta incluso la salvación. No porque Dios sea severo, ¡no! El problema está en nosotros: el tener demasiado, el querer demasiado, ahoga, ahoga nuestro corazón y nos hace incapaces de amar. De ahí que san Pablo nos recuerde que «el amor al dinero es la raíz de todos los males» (1 Tm 6,10). Lo vemos: donde el dinero se pone en el centro, no hay lugar para Dios y tampoco para el hombre.

Jesús es radical. Él lo da todo y lo pide todo: da un amor total y pide un corazón indiviso. También hoy se nos da como pan vivo; ¿podemos darle a cambio las migajas? A él, que se hizo siervo nuestro hasta el punto de ir a la cruz por nosotros, no podemos responderle solo con la observancia de algún precepto. A él, que nos ofrece la vida eterna, no podemos darle

un poco de tiempo sobrante. Jesús no se conforma con un «porcentaje de amor»: no podemos amarlo al veinte, al cincuenta o al sesenta por ciento. O todo o nada.

Queridos hermanos y hermanas, nuestro corazón es como un imán: se deja atraer por el amor, pero solo se adhiere por un lado y debe elegir entre amar a Dios o amar las riquezas del mundo (cf. Mt 6,24); vivir para amar o vivir para sí mismo (cf. Mc 8,35). Preguntémosnos de qué lado estamos. Preguntémosnos cómo va nuestra historia de amor con Dios. ¿Nos conformamos con cumplir algunos preceptos o seguimos a Jesús como enamorados, realmente dispuestos a dejar algo para él? Jesús nos pregunta a cada uno personalmente, y a todos como Iglesia en camino: ¿somos una Iglesia que solo predica buenos preceptos o una Iglesia-esposa, que por su Señor se lanza a amar? ¿Lo seguimos de verdad o volvemos sobre los pasos del mundo, como aquel personaje del Evangelio? En resumen, ¿nos basta Jesús o buscamos las seguridades del mundo? Pidamos la gracia de saber dejar por amor del Señor: dejar riquezas, dejar nostalgias de puestos y poder, dejar estructuras que ya no son adecuadas para el anuncio del Evangelio, los lastres que entorpecen la misión, los lazos que nos atan al mundo. Sin un salto hacia adelante en el amor, nuestra vida y nuestra Iglesia se enferman de «autocomplacencia egocéntrica» (Exhort. ap. *Evangelii gaudium*, 95): se busca la alegría en cualquier placer pasajero, se recluye en la murmuración estéril, se acomoda a la monotonía de una vida cristiana sin ímpetu, en la que un poco de narcisismo cubre la tristeza de sentirse imperfecto.

Así sucedió para ese hombre, que —cuenta el Evangelio— «se marchó triste» (v. 22). Se había aferrado a los preceptos y a sus muchos bienes, no había dado su corazón. Y aunque se encontró con Jesús y recibió su mirada amorosa, se marchó

triste. La tristeza es la prueba del amor inacabado. Es el signo de un corazón tibio. En cambio, un corazón desprendido de los bienes, que ama libremente al Señor, difunde siempre la alegría, esa alegría tan necesaria hoy. El santo Papa Pablo VI escribió: «Es precisamente en medio de sus dificultades cuando nuestros contemporáneos tienen necesidad de conocer la alegría, de escuchar su canto» (Exhort. ap. *Gaudete in Domino*, 9). Jesús nos invita hoy a regresar a las fuentes de la alegría, que son el encuentro con él, la valiente decisión de arriesgarnos a seguirlo, el placer de dejar algo para abrazar su camino. Los santos han recorrido este camino.

Pablo VI lo hizo, siguiendo el ejemplo del Apóstol del que tomó su nombre. Al igual que él, gastó su vida por el Evangelio de Cristo, atravesando nuevas fronteras y convirtiéndose en su testigo con el anuncio y el diálogo, profeta de una Iglesia extrovertida que mira a los lejanos y cuida de los pobres. Pablo VI, aun en medio de dificultades e incomprendiones, testimonio de una manera apasionada la belleza y la alegría de seguir totalmente a Jesús. También hoy nos exhorta, junto con el Concilio del que fue sabio timonel, a vivir nuestra vocación común: la vocación universal a la santidad. No a medias, sino a la santidad. Es hermoso que junto a él y a los demás santos y santas de hoy, se encuentre Monseñor Romero, quien dejó la seguridad del mundo, incluso su propia incolumidad, para entregar su vida según el Evangelio, cercano a los pobres y a su gente, con el corazón magnetizado por Jesús y sus hermanos. Lo mismo puede decirse de Francisco Spinelli, de Vicente Romano, de María Catalina Kasper, de Nazaria Ignacia de Santa Teresa de Jesús y también del gran muchacho abrucesnapolitano, Nuncio Sulprizio: el joven santo, valiente, humilde, que supo encontrar a Jesús en el sufrimiento, el silencio y en la entrega de sí mismo. Todos estos santos, en diferentes

contextos, han traducido con la vida la palabra de hoy, sin tibieza, sin cálculos, con el ardor de arriesgarse y de dejar. Hermanos y hermanas, que el Señor nos ayude a imitar sus ejemplos.

## **Lunes**

*Vive con el Espíritu santo. Pentecostés (Hch 2,1-11)*

Buenos días Espíritu Santo. Gracias por ser Mi Señor y mi Dador de Vida. Sin ti no soy nada, no sale la oración. Cat 683 "Nadie puede decir: "¡Jesús es Señor!" sino por influjo del Espíritu Santo" (1 Co 12, 3)."Dios ha enviado a nuestros corazones el Espíritu de su Hijo que clama ¡Abbá, Padre!"(Ga 4, 6). Este conocimiento de fe no es posible sino en el Espíritu Santo.

Introdúcenos en la Palabra de Dios que hoy vamos a meditar:  
PENTECOSTÉS (Hch 2,1-11)

Leemos y nos abrimos al Espíritu Santo: El Espíritu Santo prometido por Jesucristo descende con gran fuerza sobre los discípulos durante la fiesta de Pentecostés. A partir de ese momento anuncian abiertamente la Buena Noticia, que es acogida por mucha gente que viene de todos los países del mundo conocido por aquel tiempo.

Asimilamos la Palabra que estamos acogiendo y entendiendo desde lo que nos dice el Espíritu Santo. ¿Es usted un testigo valiente de la Buena Noticia de Jesucristo, igual que Pedro y los demás apóstoles después de Pentecostés? ¿Ha sentido alguna vez la fuerza del Espíritu Santo en su vida? ¿Cómo anuncia la Buena Noticia?

Ahora déjate llevar por el Espíritu Santo cuando este irrumpa en tu vida: ¡vive un nuevo Pentecostés hoy en tu vida! Que la cobardía no obstaculice su misión. Agradezca a Jesucristo ser uno de sus discípulos. Actúa ahora: Escribe todo lo importante que el Espíritu de Dios te ha dado a entender durante este momento de dialogo con Él y compártalo con los tuyos.

## **Martes**

*Vive con el Espíritu santo. Los dones del Temor de Dios y de la Piedad (Mt 7,7-11; St 1,17)*

En Mt 7,7-11, Jesús nos dice lo siguiente: Pidan y se les dará; busquen y encontrarán; llamen y se les abrirá. Porque todo el que pide, recibe; el que busca, encuentra; y al que llama, se le abrirá. ¿Quién de ustedes, cuando su hijo le pide pan, le da una piedra? ¿O si le pide un pez, le da una serpiente? Si ustedes, que son malos, saben dar cosas buenas a sus hijos, ¡cuánto más el Padre celestial dará cosas buenas a aquellos que se las pidan!

En St 1,17: “Todo lo que es bueno y perfecto es un don de lo alto y desciende del Padre de los astros luminosos, en quien no hay cambio ni sombra de declinación.”

El Espíritu Santo es el Don de Dios para cada uno de nosotros. Sus 7 dones son el regalo que nuestro padre Dios ha regalado por medio de su Espíritu Santo. Abramos nuestro corazón para recibir sus dones. Se trata de Crecer en la oración con los dones del Espíritu Santo, permitir que el Espíritu de Dios sea quien moldee los actos de nuestra oración

Hoy vamos a meditar El don del Temor de Dios y la Piedad. Los dones del temor y de la piedad disponen nuestro corazón



para orar y nos introducen en la presencia de Dios. El don del temor reverencial nos da una experiencia inmediata de la santidad y grandeza de Dios y nos inclina espontáneamente a actitudes de adoración, alabanza y reverencia. Hace auténtica nuestra oración, pues asegura que nos reconozcamos en la presencia del Dios tres veces santo. El don de la piedad colabora al hacernos descubrir en este Dios de tremenda majestad a un Padre que nos ama, un Padre que quiere que estemos en su presencia con corazón filial y confiado, el más padre de los padres, pues "nadie es padre como lo es Dios" (Catecismo de la Iglesia Católica, 239),

Cuando nos sentimos fuertes y orgullosos de nosotros mismos, capaces de hacer nuestro propio camino (sin necesitar de nada ni de nadie) y ya no volvemos la mirada hacia ti, hacia tu proyecto... ven ESPÍRITU DEL SANTO TEMOR DE DIOS, capaz de estar a la altura de la imagen que has impreso en cada uno de nosotros, huella de tu propio ser.

Cuando estamos secos por dentro, y no vemos la ternura del Padre, cuando las oraciones, imágenes, guiños de la naturaleza, de la vida, de las personas... nos dejan igual de indiferentes... ven ESPÍRITU DE PIEDAD, danos un corazón sensible... haz de nosotros una morada estable de tu presencia.

## **Miércoles**

*Vive con el Espíritu santo. Los dones de Consejo y de Fortaleza (Hch 8,26-40)*

«El Ángel del Señor habló a Felipe diciendo: Levántate y marcha hacia el mediodía por el camino que baja de Jerusalén a Gaza. Es desierto. Se levantó y partió. Y he aquí que un etíope eunuco,

alto funcionario de Candace, reina de los etíopes, que estaba a cargo de todos sus tesoros, y había venido a adorar en Jerusalén, regresaba sentado en su carro, leyendo al profeta Isaías. El Espíritu dijo a Felipe: Acércate y ponte junto a ese carro. corrió hasta él y le oyó leer al profeta Isaías» (Hch 8,26-30)

Seguimos meditando sobre vivir la palabra, dejándonos guiar por el Espíritu en sus dones. Y hoy contemplamos cómo los dones de consejo y fortaleza se manifiesta en la vida del apóstol Felipe.

El don de consejo nos permite intuir con certeza, sin necesidad de un discernimiento laborioso, cuáles luces, inspiraciones y deseos vienen del Espíritu Santo. Mientras que el don de fortaleza, además de permitirnos "perseverar en la oración" en medio del desierto y cansancio, nos abre a acoger con generosidad y magnanimidad las mociones del Espíritu.

Nosotros no podemos aconsejar acertadamente si previamente no nos abrimos al Espíritu. Felipe va a explicar al etíope eunuco sobre la palabra de Dios, va a aconsejarle, y orientarle hacia el camino de Jesucristo. Pero nada en el pasaje nos indica que precisamente en este momento, él lo sabía y se preparaba conscientemente para ello. Sólo lo sabía el Espíritu Santo. Y es el mismo Espíritu Santo el que pone en su boca las palabras más acertadas no sólo para anunciarle al eunuco la buena nueva sino también llevarle a desear hasta el bautismo.

Todo empezó con la actitud de obediencia activa por Felipe a la voz del Ángel, la voz del Espíritu Santo: «Levántate y marcha [...] Acércate y ponte junto a este carro». ¿Qué tanto obedecemos al Espíritu en nuestra vida práctica? ¿Qué tanto llevamos a la vida lo que entendemos en la intimidad de nuestra oración?

No podemos aconsejar convenientemente si no nos dejamos aconsejar por el Espíritu, ni le hacemos caso después de haber escuchado su voz.

El don de la fortaleza también se manifiesta en la vida de Felipe. Él no va a hablar con un hombre ordinario en la sociedad. Él va a hablar con el alto mandato, el encargado del tesoro de la reina de los etíopes. Hablar con una persona que no anda con guardias, que no es político, que no es exigente no tiene porqué ser muy difícil. Pero el caso contrario es un reto que no todos pueden enfrentar. Los retos que superan nuestras fuerzas no se pueden enfrentar si el Espíritu Santo no nos da su fortaleza.

¿Cuáles son los retos que encontramos en nuestra vida de fe, los momentos en los que decimos: “aquí ya no puedo”? ¿Con quién vivimos los momentos de cansancio?

Cuando con nuestras palabras no logramos transmitir a este mundo (que es el nuestro) alegría y paz, cuando nuestra fe parece esfumarse, cuando la docilidad y la obediencia a tu Palabra parecen cosas de otros tiempos... VEN ESPÍRITU DE CONSEJO, haznos anunciadores creíbles y convincentes de la Palabra que salva.

Cuando los poderes de este mundo parecen envolvernos, cuando el miedo o la decepción parecen tomar el control de nuestra vida, cuando la injusticia o la división rompe la comunidad de tus fieles, ven ESPÍRITU DE FORTALEZA.

## **Jueves**

*El Espíritu santo no guía hacia la oración contemplativa. El don de Ciencia (1Co 1,12,8; Rm 11,33-35; Fi 1,9)*

Con el don de la ciencia todo lo creado trasluce a Dios: vemos el origen divino y el reflejo de sus atributos en las cosas, las

personas, los eventos. Cada vez que necesitamos purificar nuestra mirada y nuestros deseos, hacer el uso adecuado de los bienes de la naturaleza, de la tierra, de los bienes espirituales... ven ESPÍRITU DE CIENCIA.

## **Viernes**

*El Espíritu santo no guía hacia la oración contemplativa. El don del Entendimiento (Lc 24,36-48)*

Con el don del entendimiento, penetramos con fe serena y amor en los misterios revelados. Se nos hacen familiares, bellos, y se goza de la maravillosa armonía que reina entre ellos.

Cada vez que huimos de tu amor, de tu intimidad, del don de ti mismo... cada vez que hemos ignorado la profundidad de la revelación, tu deseo de tenernos contigo y en ti, ven ESPÍRITU DE INTELIGENCIA Y DE SANTIDAD... envuélvenos, consuélanos... transfórmanos en tu amor.

## **Sábado**

*El Espíritu santo no guía hacia la oración contemplativa. El don de la Sabiduría (1 Co 2,11; Sb 9,1-18).*

Finalmente, con el don supremo de la sabiduría, el Espíritu de Dios, el único "que conoce lo que hay en Dios" (1 Co 2, 11), nos introduce en la intimidad divina. Ya que Dios es amor, vemos con los ojos de Dios a los misterios divinos y a todo lo creado desde el amor divino. Mientras tanto, nuestra oración, participando en la vida de las tres personas divinas, se hace puro amar a Dios.

Cuando la memoria y la profecía de la Iglesia parecen desvanecerse, cuando nuestros espíritus se oscurecen y no logran reconocer la voz del Buen Pastor, ven ESPÍRITU DE SABIDURÍA.

# Semana V: **Anuncia la Palabra**

*Lecturas: Isaías 53,10-11; Salmo 32; Hebreos 4,14-16; Marcos 10,35-45*

## CATEQUESIS DEL PAPA FRANCISCO:

*Queridos hermanos y hermanas, ¡buenos días!*

Las lecturas bíblicas de hoy nos hablan del servicio y nos llaman a seguir a Jesús a través de la vía de la humildad y de la cruz.

El profeta Isaías describe la figura del Siervo de Yahveh (53,1011) y su misión de salvación. Se trata de un personaje que no ostenta una genealogía ilustre, es despreciado, evitado de todos, acostumbrado al sufrimiento. Uno del que no se conocen empresas grandiosas, ni célebres discursos, pero que cumple el plan de Dios con su presencia humilde y silenciosa y con su propio sufrimiento. Su misión, en efecto, se realiza con el sufrimiento, que le ayuda a comprender a los que sufren, a llevar el peso de las culpas de los demás y a expiarlas. La marginación y el sufrimiento del Siervo del Señor hasta la muerte, es tan fecundo que llega a rescatar y salvar a las muchedumbres.

Jesús es el Siervo del Señor: su vida y su muerte, bajo la forma total del servicio (cf. Flp 2,7), son la fuente de nuestra salvación y de la reconciliación de la humanidad con Dios. El kerigma, corazón del Evangelio, anuncia que las profecías del Siervo del

Señor se han cumplido con su muerte y resurrección. La narración de san Marcos describe la escena de Jesús con los discípulos Santiago y Juan, los cuales –sostenidos por su madre– querían sentarse a su derecha y a su izquierda en el reino de Dios (cf. Mc 10,37), reclamando puestos de honor, según su visión jerárquica del reino. El planteamiento con el que se mueven estaba todavía contaminado por sueños de realización terrena. Jesús entonces produce una primera «convulsión» en esas convicciones de los discípulos haciendo referencia a su camino en esta tierra: «El cáliz que yo voy a beber lo beberéis ... pero el sentarse a mi derecha o a mi izquierda no me toca a mí concederlo, sino que es para quienes está reservado» (vv. 39-40). Con la imagen del cáliz, les da la posibilidad de asociarse completamente a su destino de sufrimiento, pero sin garantizarles los puestos de honor que ambicionaban. Su respuesta es una invitación a seguirlo por la vía del amor y el servicio, rechazando la tentación mundana de querer sobresalir y mandar sobre los demás.

Frente a los que luchan por alcanzar el poder y el éxito, para hacerse ver, frente a los que quieren ser reconocidos por sus propios meritos y trabajos, los discípulos están llamados a hacer lo contrario. Por eso les advierte: «Sabéis que los que son reconocidos como jefes de los pueblos los tiranizan, y que los grandes los oprimen. No será así entre vosotros: el que quiera ser grande entre vosotros, que sea vuestro servidor» (vv. 42-43). Con estas palabras señala que en la comunidad cristiana el modelo de autoridad es el servicio. El que sirve a los demás y vive sin honores ejerce la verdadera autoridad en la Iglesia. Jesús nos invita a cambiar de mentalidad y a pasar del afán del poder al gozo de desaparecer y servir; a erradicar el instinto de dominio sobre los demás y vivir la virtud de la humildad.

Y después de haber presentado un ejemplo de lo que hay que evitar, se ofrece a sí mismo como ideal de referencia. En la actitud del Maestro la comunidad encuentra la motivación para una nueva concepción de la vida: «Porque el Hijo del hombre no ha venido a ser servido, sino a servir y dar su vida en rescate por muchos» (v. 45).

En la tradición bíblica, el Hijo del hombre es el que recibe de Dios «poder, honor y reino» (Dn 7,14). Jesús da un nuevo sentido a esta imagen y señala que él tiene el poder en cuanto siervo, el honor en cuanto que se abaja, la autoridad real en cuanto que está disponible al don total de la vida. En efecto, con su pasión y muerte él conquista el último puesto, alcanza su mayor grandeza con el servicio, y la entrega como don a su Iglesia.

Hay una incompatibilidad entre el modo de concebir el poder según los criterios mundanos y el servicio humilde que debería caracterizar a la autoridad según la enseñanza y el ejemplo de Jesús. Incompatibilidad entre las ambiciones, el carrerismo y el seguimiento de Cristo; incompatibilidad entre los honores, el éxito, la fama, los triunfos terrenos y la lógica de Cristo crucificado. En cambio, sí que hay compatibilidad entre Jesús «acostumbrado a sufrir» y nuestro sufrimiento. Nos lo recuerda la Carta a los Hebreos, que presenta a Cristo como el sumo sacerdote que comparte totalmente nuestra condición humana, menos el pecado: «No tenemos un sumo sacerdote incapaz de compadecerse de nuestras debilidades, sino que ha sido probado en todo, como nosotros, menos en el pecado» (4,15). Jesús realiza esencialmente un sacerdocio de misericordia y de compasión. Ha experimentado directamente nuestras dificultades, conoce desde dentro nuestra condición humana; el no tener pecado no le impide entender a los pecadores. Su gloria no está en la ambición o la sed de dominio, sino en el amor a



los hombres, en asumir y compartir su debilidad y ofrecerles la gracia que restaura, en acompañar con ternura infinita, acompañar su atormentado camino.

Cada uno de nosotros, en cuanto bautizado, participa del sacerdocio de Cristo; los fieles laicos del sacerdocio común, los sacerdotes del sacerdocio ministerial. Así, todos podemos recibir la caridad que brota de su Corazón abierto, tanto por nosotros como por los demás: llegando a ser «canales» de su amor, de su compasión, especialmente con los que sufren, los que están angustiados, los que han perdido la esperanza o están solos.

## **Lunes**

*La Anunciación. La fuente del anuncio misionero: acogida, vocación misionera (Lc 1,26-39)*

«No temas María, has hallado gracia delante de Dios; vas a concebir en el seno vas a dar a luz a un hijo a quien pondrás por nombre Jesús. Él será grande, se le llamará Hijo del Altísimo y el Señor Dios le dará el trono de David su padre; reinará sobre la casa de Jacob por los siglos y su reino no tendrá fin» (Lc 1,30-33). Tras haber sido testigo de un gran amor, de una gran elección, de un gran favor o privilegio por parte de Dios, ¿cómo no sorprenderse?; ¿cómo no llenarse de alegría y querer que los demás participen de la misma alegría?; ¿cómo no anunciarlo?

María, en un momento personal, en la intimidad con el ángel Gabriel pudo conocer la voluntad de Dios. Recibió el gran anuncio: «¡Has hallado gracia delante de Dios!». La gran noticia, la que nos llena de esperanza después de haberla perdido por las opiniones de las personas sobre nuestra vida, después de

experimentar nuestra pequeñez, nuestra indignidad; cuando no esperamos sino lo mínimo para nuestra vida; la gran noticia escuchar por parte de nuestro papa Dios: «Has hallado gracia a mis ojos». Dios te mira también con amor, y sobre ti quiere derramar toda su gracia. alégrate porque Dios te mira con amor y su deseo es llevar a cabo su proyecto de amor en tu vida y a través de ella.

Cierto es que nuestra Madre María obtuvo una gracia singular. Concibió no sólo espiritualmente, sino también corporalmente al Hijo de Dios, el Salvador de todo el universo. Sin embargo, eso no opaca ni anula el proyecto de Dios en la vida de cada hombre y cada mujer: Dios quiere llevar a cabo una obra salvadora en la vida de cada uno y cada una de nosotros. ¿Nos damos realmente cuenta de la grandeza de eso? *Padre, te doy gracias por querer hacer una obra tan grande en mi vida, hacerme partícipe de la liberación de mis hermanos, su bienestar espiritual y físico. Cada vez que me detengo a pensar sobre la voluntad que tienes de hacer grandes cosas valiéndote de lo débil y poco resistente, no consigo contenerme. Es imposible no preguntarse como María: ¿cómo será eso? Pero. Más allá del asombro entiendo que esperas mucha fe y gran acogida de mi parte, igual que lo hizo María.*

No es hoy que Dios te mira con amor. Ya lo había hecho mucho antes, pues nos ha amado desde la eternidad. Pero, una cosa es que Dios nos tenga en gracia y otra es que nosotros nos demos cuenta y queramos aceptarlo. ¿Cuáles fueron esos momentos en que recordamos que se nos anunció que Dios nos tiene en gracia? ¿Cómo entendimos que Dios nos tiene en gracia y que quiere hacer maravillas mediante nuestra vida?

En mi caso fue cuando entendí de su Hijo que me llamaba a ser su embajador de tal modo que quien me reciba a mí reciba al mismo Jesús. Además de esto lo entendí cuando tuve que

enfrentar realidades que me superan, pero no comprendía de donde me venían las habilidades para lidiar con ellas. Todo eso sin hablar de muchas sorpresas con las me topo en mis momentos de oración.

Las dudas y los miedos siempre surgen cuando entendemos los proyectos de Dios en nuestra vida. también nos ha tocado preguntarnos de alguna forma: «¿**cómo será esto?**» Sin embargo, no dejemos que los miedos anulen el anuncio. Se nos ha sido noticias de alegría para que nosotros nos volvamos también anunciadores de la misma. El Padre nos quiere misioneros y misioneras de su gracia. Y el primer paso para ser misioneros de la gracia es acoger y creer en el anuncio que se nos hizo. Hemos hallado gracia a los ojos de Dios. Y la mejor actitud es decirle a Dios, junto con María: «He aquí la esclava del Señor; **hágase en mí según tu palabra**» (Lc 1,38). Habiendo dicho eso, acogido el anuncio del Padre por parte del ángel, y creído en ella, María se vuelve anunciadora. Se pone en camino y se dirige con prontitud a casa de Isabel (Cf. Lc 1,39)

La fe en el anuncio que hemos recibido nos lleva a anunciar. ¿hasta qué punto damos fe al anuncio que recibimos de hallar gracia a los ojos de Dios?

## **Martes**

*El Magnificat. La misión con un horizonte “como las estrellas del cielo y las arenas del mar” (Lc 1,46-55, Gn 15,5-6)*

«Sacándole afuera, le dijo: “Mira al cielo; cuenta las estrellas, si puedes” Después le dijo: “Así será tu descendencia.” Y creyó Abrán en Yahvé, que lo reputó por justicia» (Gn 15,5-6).

¿Quién puede medir hasta donde llega la trascendencia de aquél que ha creído en las palabras que le ha dirigido el mismo Dios? Ni el mismo creyente, ni siquiera el mismo Abrán, padre de la fe puede medir el alcance de su fe en Dios. la Iglesia se mantiene y crece gracias a la fe de aquellos que han aceptado que Dios no se equivoca si engaña a nadie. Abrán dio fe a la palabra que le fue dicha: «cuenta las estrellas, si puedes [...] Así será tu descendencia». María, la madre de Jesús, también dio fe al anuncio del ángel. Por eso, sin dudarlo, es capaz de decir: «Desde ahora, todas las generaciones me llamarán bienaventurada» (Lc 1,48).

La fe a las promesas de Dios, aunque sea las más pequeñas promesas que entendemos en los momentos íntimos de encuentro con Dios nos hace verdaderos misioneros. No podemos más adecuadamente y con toda nuestra vida sino aquellas palabras a las que dimos fe, aquellas experiencias de Dios vividas en carne propias. Y lo que viene de la verdadera fe engendra frutos que permanecen, miles de hijos e hijas; como las estrellas de cielo y las arenas del mar. ¿Cuáles son aquellas palabras que Dios nos ha dicho a las que damos fe, aun sin haber visto su cumplimiento? ¿Cuáles son las palabras divinas a las que no damos fe porque nos parecen incumplibles, fuera de contexto, etc.?

A la promesa de tener una descendencia numerosa, Abrán dio fe, aunque en su vida sólo tuvo dos hijos biológicos. Pero hasta ahora, hablamos del Dios de Abrahán. Todo aquel que cree en Dios y conoce la escritura, se reconoce como hijo del que ha creído y marcado el camino de fe de muchas religiones. Dios nos da fecundidad, Dios no deja sin recompensa nuestra fe. A muchos creyentes les ha tocado vivir la prueba de la esterilidad mientras que viven de acuerdo con la fe que profesan. Le ha tocado al misionero que comparte esta oración experimentar la

infructuosidad. ¿Quién en su vida no se ha dicho de una u otra: «¿De qué me sirve creer si las cosas avanzan con tanta lentitud, no existe otro medio en dónde viviré más feliz?»?

Pero el mismo misionero quedó pasmado por la sorpresa después de ver tanto fruto donde menos pensaba que podía salir, su vida engendró la fe en muchos. Sólo le pudo decir a Dios: «No sabía que me tenías reservada una sorpresa tan grande». Nuestra fe, y nuestro compromiso a lo que nos dice Dios da fruto en las vidas de muchos y, en la mayoría de los casos, somos los últimos en darnos cuenta de ello. Por eso hoy, sin dejar confiar, pídele a Dios que te abra los ojos para ver a los hijos e hijas que tu vida de fe está engendrando sin saberlo. No minimices la pequeñez de tu fe. El Señor en quien creemos se fija en cada acto y palabra que profesamos, porque le dimos fe. La Virgen sabiéndose pequeña y sin fama, viendo lo que Dios hizo en su vida, dijo: «Dios mi salvador [...] ha puesto sus ojos en la pequeñez de su esclava» (Lc 1,48). ¿Crees que Dios se queda indiferente a tu fe y compromiso lo mismo que hacen los hombres? «¿Quién confió en el Señor y quedó defraudado? ¿Quién perseveró en su santo temor y fue abandonado? ¿Quién lo invocó y fue desatendido?» (Si 2,10) Cree y vive de acuerdo con lo que crees, verás el impacto que tendrás sobre otros aún sin usar muchas palabras.

El anuncio de la palabra de Dios es primeramente el reconocimiento público de las maravillas que Dios ha hecho en nuestra vida. Reconozcamos y contemplamos también a los hijos e hijas que Dios nos ha hecho a dar a luz en la fe desde nuestro entorno más cercano hasta los círculos más grandes que conozcamos, y sin miedo alguno digamos: «El Poderoso ha hecho en mi favor cosas grandes» (Lc 1,49).

*Querida Trinidad, me enseñas a considerar que el anuncio de tu Palabra es primero acto de gratitud pública. Quisiera agradecerte por todas las*

*maravillas que has hecho a través de mi vida a muchos conocidos y desconocidos. Bendito seas.*

## **Miércoles**

*La Visitación. La misión ad intra. El proceso personal en el acompañamiento (Lc 1,40-45)*

«Entró en casa de Zacarías y saludó a Isabel. Y sucedió que, en cuanto oyó Isabel el saludo de María, saltó de gozo el niño en su seno, e

Isabel quedó llena de Espíritu Santo; y exclamando con gran voz, dijo: Bendita tú entre las mujeres y bendito el fruto de tu seno; y ¿de dónde a mí que la madre de mi Señor venga a mí?» (Lc 1,40-43). Podemos entender en la oración, o en medio de las circunstancias de la vida que Dios nos pide evangelizar, anunciar su palabra y las maravillas que ha hecho en nosotros. Pero muchas veces no entendemos que la misión es en primer lugar **ad intra**, es decir hacia dentro, hacia nosotros mismos y hacia los nuestros, los comparten la misma línea que nosotros. la misión **ad extra**, esto es hacia fuera, hacia las periferias puede hacerse bien, y es la misión tal como Jesús mandó a la hora de ir al Padre: «Vayan por el mundo entero y proclamen la Buena Nueva a toda la creación» (Mc 16,15). Pero, ¿Eso anula la evangelización a mí mismo? ¿Eso anula la evangelización a los más cercanos?

Hoy es día de preguntarse ante Dios: ¿Me dejo realmente evangelizar por la palabra que voy a anunciar a los demás? ¿Los más cercanos se sienten realmente evangelizados por mi vida?

María hoy nos da el ejemplo. Que mi propia vida evangelice a los míos, porque yo soy el primero que me he dejado

evangelizar, me he dejado transformar por la palabra preparada, escuchada y asimilada. María se fue a casa de su **pariente** Isabel. «y sucedió que, en cuanto oyó Isabel el saludo de María, saltó de gozo el niño en su seno, e Isabel quedo llena de Espíritu Santo» (Lc 1,41). **Ir a casa de un pariente.** ¿Qué tanto creemos en la posibilidad de la evangelización entre los parientes, entre las personas que conocen nuestras fortalezas y debilidades? ¿Hasta qué nivel estamos seguros de que pueden dar fruto nuestro apostolado a domicilio?

*No me da tanto miedo hablar a aquellos que no conocen mis defectos, aquellos por quienes soy la novedad, a quienes todavía causo curiosidad. Me pregunto si dará fruto mis palabras, tus palabras en mi boca en medio de aquellos por quienes ya soy una realidad antigua y algo monótono. A veces me dejo llevar por la palabra que dice: «ningún profeta es bien recibido en su tierra» (Lc 4,24). Pero gracias, Señor, por hacerme entender que eres tú el que lleva la obra. Y puedes evangelizar a quién quieres, que sea de dentro o de fuera. Es posible cumplir milagros, aunque sean pocos, hasta en lugares donde no somos muy bien acogidos.*

María evangelizó a su pariente Isabel y le hizo reconocer la grandeza del Dios que habitaba en ella: «Bendita tú entre las mujeres y bendito el fruto de tu seno; [...] ¿de dónde a mí que la madre de mi Señor venga a mí?» (Lc 1,43). Isabel dijo todo eso sin que María empezará a proclamar la palabra de Dios de forma explícita. Sólo dijo algo como «¡Hola!», y el niño en el seno de Isabel saltó de gozo.

El punto está en dejar que Dios evangelice a través de nuestra vida a aquellos frente a los que no sabemos bien cómo hacer. Cuando dejo que la Palabra me evangelice y que el mismo Dios evangelice a través de mi vida, el anuncio llega a su meta, y da el fruto requerido. Porque dice el Señor: «Como descenden la lluvia y la nieve de los cielos y no vuelven allá, sino que empapan la tierra, la fecundan y la hacen germinar, para que dé simiente

al sembrador y pan para comer, así será mi palabra, la que salga de mi boca, que no tornará a mí de vacío, sin que haya realizado lo que me plugo y haya cumplido aquello a que la envié» (Is 55,10-11).

Examinemos los obstáculos de la evangelización *ad intra* que encontramos en nuestro proceso espiritual, presentémoslos a Dios y dejemos que él mismo lleve a cabo la evangelización a través y dentro de nuestra vida. ¡Pero más felices seremos si nosotros somos los primeros en creer que se cumplirían las cosas que nos fueron dichas de parte del Señor! (Cf. Lc 1,45). Allí está el motor de todo anuncio eficaz.

## **Jueves**

*La Presentación y la Purificación. Toda misión auténtica pasa por la Cruz (Lc 2,25-38)*

«Mis ojos han visto tu salvación, la que has preparado a la vista de los pueblos, luz para iluminar a las naciones y gloria de tu pueblo Israel. Su padre y su madre estaban admirados de lo que se decía de él. Simeón les bendijo y dijo a María, su madre: Este está puesto para caída y elevación de muchos en Israel, y para ser señal de contradicción – ¡a ti misma una espada te atravesará el alma! – a fin de que queden al descubierto las intenciones de muchos corazones (Lc 2,30-35).

¡Qué escalofrío escuchar: «¡una espada te atravesará el alma!», cuando uno está lleno de buenas intenciones y no se siente ni se sabe merecedor de una pena tan grande! Sin embargo, ésta es la realidad simbólica de los que se determinan con todo su ser anunciar la Palabra que han recibido; y no callar el amor que han experimentado. Hoy se trata de meditar y asimilar la realidad de



la cruz en la misión. Contemplar y asimilar lo que nos hace realmente parecidos a Aquél a quien consideramos como nuestro Maestro y modelo.

Antes de meterte de lleno en la realidad de la cruz, del fracaso, del dolor y sacrificio que supone el anuncio de la Palabra, veamos nos despeguemos nuestros ojos sobre la fuerza de la Palabra, que, como María, hemos tenido la gracia de concebir. Lo mismo que Simeón dijo sobre el niño Jesús: «Mis ojos han visto tu salvación, [...] luz para iluminar a las naciones y gloria de tu pueblo Israel»; igual nosotros sabemos que la predicación de la Palabra de Dios salva a los que van a la perdición. Sabemos que la predicación de la Palabra llena de fe y fuerza ilumina a las naciones, a los que ignoran cuánto son amados del Padre. También hemos experimentado varias veces que la gloria verdadera está en Dios que nos dio su Palabra.

Qué bueno recordar y reconocer en este día todos aquellos momentos en los que vimos como Dios ha dado la paz a los inquietos, ha sanado las enfermedades internas, ha levantado a los que estaban caídos, etc. Y todo eso, gracias a la Palabra, al compartir de ello. Así fue lo que vivieron los discípulos a los que Jesús mandó predicar en su nombre: «Regresaron los 72 alegres, diciendo: Señor, hasta los demonios se nos someten en tu nombre» (Lc 10). ¿Cuáles son los momentos en que has experimentado la fuerza del anuncio de la Palabra en tu vida y a través de tu vida?

Sólo cuando hemos experimentado esa fuerza que podemos seguir anunciando la misma Palabra aún cuando vienen las cruces a causa de su anuncio. Como la palabra levanta a los caídos y abre los ojos de los ciegos, así es como la misma Palabra hace caer a los que se creen de pie y quieren imponer un Reino que está en contra del Reino quiere instaurar Cristo. Jesús, que anunciamos, «está puesto para caída y elevación de muchos [...],

y para ser señal de contradicción». La Palabra de Dios entra muchas veces en contradicción con lo que dice la mentalidad del mundo. nosotros mismos somos testigos de que Dios nos pide a veces cosas que nos cuesta aceptar. La palabra de Dios es combatida. La Palabra de Dios supone una lucha y una cruz. Y es gracias a esa persecución que la Palabra de Dios llega lejos, hasta los confines de la tierra. Así lo profetizó Jesús: «Por mi causa serán llevados ante gobernadores y reyes, para que den testimonio ante ellos y ante los gentiles. Mas cuando los entreguen, no se preocupen de cómo o qué van a hablar. Lo que tengan que hablar se les comunicará en aquel momento» (Mt 10,18).

¿Hasta qué nivel nos preparamos para cargar la cruz, las tribulaciones que acompañan el anuncio y la vivencia del evangelio? ¿Cuáles son las tribulaciones que ya estamos viviendo a causa de la Palabra de Dios?

*Señor, sabes que me gusta mucho cuando veo que la gente recibe tu Palabra a través de mí. Sabes también que tiendo a desertar cuando no sé cómo hablar de ti, y cuando no se recibe tu Palabra. Conoces también las calumnias, malinterpretaciones y otras tribulaciones que he sufrido por tu Palabra. No te pido que me quites la cruz.*

*Te pido que me des la fuerza y el ánimo para cargarla hasta donde quieras. Amén.*

## **Viernes**

*Engendrar hijos para la misión desde los dolores de parto*  
(Jn 19,25-27; Gal 4,19)

«Junto a la cruz de Jesús estaban su madre y la hermana de su madre, María, mujer de Clopás, y María Magdalena. Jesús,

viendo a su madre y junto a ella al discípulo a quien amaba, dice a su madre: Mujer, ahí tienes a tu hijo. Luego dice al discípulo: Ahí tienes a tu madre. Y desde aquella hora el discípulo la acogió en su casa» (Jn 19, 25-27).

Todo evangelizador o toda persona que anuncia la Palabra que le ha cambiado la vida busca que aquellos que escuchen la misma Palabra tengan la misma experiencia, la misma transformación que vivió él. En eso consiste la misión, en esto consiste dar a luz a hijos e hijas en la fe. Anunciar la Palabra de Dios no es cuestión de transmitir puras palabras o ideas o simplemente remover los sentimientos de personas. Es cuestión de transmitir la misma vida nueva de la que hemos empezado a disfrutar, es colaborar para que otros tengan la misma experiencia de Amor inmenso que yo he tenido. Cuando en el fondo no buscamos dar la vida de Dios, todo lo que hacemos es engaño.

Ahora bien, la pregunta es: ¿Qué buscas a la hora de anunciar la palabra? ¿Te buscas a ti mismo o quieres de verdad transmitir la vida que hay en ti, la alegría y la paz con que te han llenado?

*Señor, te pido que purifiques las intenciones internas que tenemos a la hora de anunciar tu palabra. A veces sin darnos cuenta ocupamos el centro y te dejamos en la periferia. Ayúdanos a engendrar en la vida de Dios como hemos sido engendrados en la vida de Dios. Que llevemos a la persona al encuentro contigo y no sólo con nosotros. Y con San Juan digamos desde el corazón: «La Vida se nos manifestó, y nosotros la hemos visto y damos testimonio y les anunciamos la Vida eterna [...] para que ustedes también estén en comunión con nosotros, y nosotros estamos en comunión con el Padre y con su hijo Jesucristo» (1Jn 1,2-3)*

Engendrar en la vida de Dios supone sufrir dolores de parto. No siempre se nos entenderá en el primer momento. No siempre estaremos de buen humor, no siempre la gente llegará a tiempo o estará dispuesta a prestarnos su atención, su tiempo,

su espacio. Dar la vida de Dios exige del apóstol luchar el buen combate de la fe, trabajar en secreto, pasar el tiempo pidiéndole a Dios que nos ilumine, que nos dé algo de alimento espiritual para compartirlo con sus hijos; tener paciencia con nuestros procesos personales, etc. Todo eso hace que cuando nos dirijamos a aquellos que Dios nos confía, digamos con sinceridad: «¡Hijos míos!, por quienes sufro de nuevo dolores de parto, hasta ver a cristo formado en ustedes» (Ga 4,19).

María, nuestra madre también debió compartir los dolores de la misión cuando Jesús, moribundo, le confiaba el cuidado de su discípulo amado: «Mujer, allí tienes a tu hijo» (Jn 19) ¿Cómo velar sobre los discípulos cuando ella misma está débil y apenada por la muerte de Otro hijo? Jesús nos lleva a engendrar en medio de dificultades y dolores, para que la obra es suya, que sólo él puede sacar cosas valiosas donde menos se piensa y para que valoremos lo que tanto trabajo nos ha costado. Aprendamos de María cómo cuidar a los discípulos de Jesús en medio de las dificultades.

Presentémosle hoy los dolores de parto que estamos experimentando en nuestro ejercicio de anuncio. Y no olvidemos que los dolores de parto son una etapa y no la finalidad. «Cuando una mujer está a punto de dar a luz, está triste, porque le ha llegado su hora; pero cuando ha dado a luz al niño, ya no se acuerda del aprieto por el gozo de que ha nacido un hombre en el mundo. También ustedes están tristes ahora, pero volveré a verlos y se alegrará su corazón y su alegría nadie se la podrá quitar» (Jn 16,21-22).

## **Sábado**

*Madurez para la misión* (CFMVD 88; Hch 1,14)

«Todos ellos perseveraban en la oración, con un mismo espíritu en compañía de algunas mujeres, de María, la madre de Jesús, y de sus hermanos» (Hch 1,14).

«El apostolado, más aún que la simple vida cristiana, es una liturgia, en la que el apóstol, más exactamente Cristo por medio de él, ofrece las personas a Dios. “Seremos -dice Pablo- ministros de Cristo Jesús ejerciendo el sagrado oficio del Evangelio de Dios para que la oblación de los gentiles sea agradable, santificada por el Espíritu Santo”» (Constituciones de la Fraternidad Misionera Verbum Dei 88).

Jesús, conociendo por experiencia lo que supone la gran labor de un apóstol, nos deja a su madre, la misma que la acompañó en toda su vida oculta hasta llevarlo a la madurez. Jesús nos deja un apoyo materno. La misma madre, la Virgen María, que fue el apoyo y la impulsora discreta y oculta de la vida pública; puede también llevarnos a la madurez en la misión. Los apóstoles perseveraban en la oración, tenían un mismo espíritu, pero además de todo eso tenían la compañía de algunas mujeres, de María, la madre de Jesús.

Hoy, como buenos discípulos de Jesús, queremos escuchar y hacer propia esta recomendación de Jesús: «Ahí tienes a tu madre» (Jn 19,27). Si sólo fuera cuestión de dirigir algunas palabras para apaciguar a las personas inquietas o entretenerlas, tal vez no haría falta mucho que hacer. Pero el apostolado consiste en ofrecer a las personas a Dios. El ministerio de la palabra es como un puente donde constantemente se trata de

hacer pasar a las personas de su vida antigua a la novedad de Jesús. No es una labor que uno pueda llevar por sí sólo.

¿Quiénes constituyen el círculo de compañía en nuestra labor de anunciar la palabra de Dios y acompañar a aquellos que la han escuchado? Nadie nace predicando, nadie nace siendo ya un buen acompañante, lo mismo que nadie nace siendo maestro en la oración. Todo es proceso, partimos desde un inicio casi insignificante hasta llegar a la madurez. Y María está junto a nosotros para acompañarnos. Ayer era cuestión de aprender de María a engendrar y cuidar a los hijos e hijas de Dios en medio de las tribulaciones. Hoy es cuestión de dejar que ella nos cuide con su amor entrañable. Acojámosla en nuestra casa y dejémonos amar y enseñar por ella.

*Madre, yo también quisiera hacer la misión como lo hizo Él, yo también quisiera colaborar en la conversión de muchos como lo hizo Él. Y tú conoces mis esfuerzos y retrocesos, mis intentos y fallos. Tú conoces también las peripecias que yo ignoro. Me pongo entre tus manos y te pido que me enseñes a anunciar la palabra y entregar la vida misma de Dios al mundo no sólo con mis palabras, sino con toda la vida.*



[www.catholizare.com](http://www.catholizare.com)

[hola@catholizare.com](mailto:hola@catholizare.com)

[Facebook.com/catholizare](https://www.facebook.com/catholizare)



[www.verbumdei.org/](http://www.verbumdei.org/)

[Facebook.com/fmverbumdei](https://www.facebook.com/fmverbumdei)

[Facebook.com/fmverbumdei](https://www.facebook.com/fmverbumdei)

Inscríbete gratis al  
curso de este folleto

